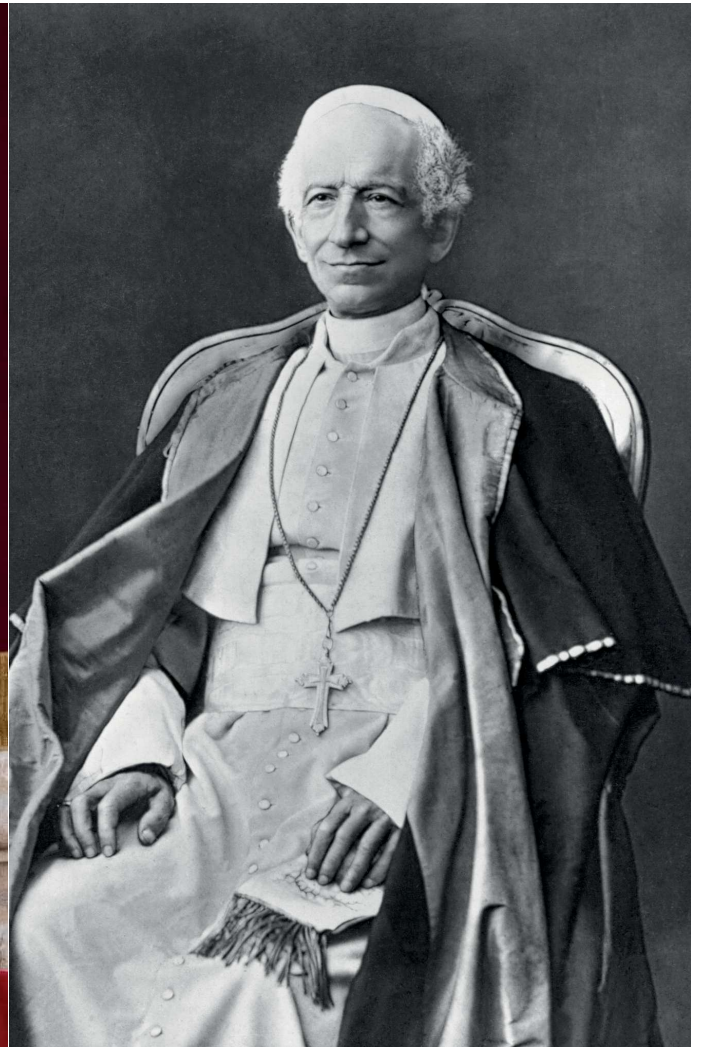


CRISTIANDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

**QUE LA CARIDAD DE CRISTO
PREVALEZCA EN EL MUNDO**



Año LXXXII- Núm. 1131 Octubre 2025



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	35	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
4	León XIII. Una semblanza <i>M^aReyes Jaurrieta Galdiano</i>	37	Pro beatificación padre Enrique Ramière
7	Actualidad de la doctrina social del papa León XIII <i>María Jaurrieta Manresa</i>	38	60 aniversario del fallecimiento de Jaime Bofill <i>Evaristo Palomar</i>
11	El magisterio del Rosario en León XIII: remedio contra los males modernos <i>Santiago Alsina Casanova</i>	42	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
15	León XIII y la encíclica «Aeterni Patris» <i>Antoni Prevosti Monclús</i>	44	Actualidad política <i>Jorge Soley</i>
19	La «Rerum novarum», mucho más que una encíclica social <i>Jorge Soley Climent</i>		
24	Peregrinación de Schola Cordis Iesu a Paray-le-Monial <i>Guillermo Elizalde Monroset</i>		
28	En el primer milenio de la comunidad benedictina de Montserrat <i>Francesc M^a Manresa i Lamarca</i>		

Razón del número

Un pontificado fecundo

León XIII es el papa que terminaba el siglo XIX con la consagración al mundo al Corazón de Jesús, que como él mismo afirmaba fue el acto más importante de su pontificado.

EL pasado 8 de mayo, cuando fue anunciado al mundo que había sido elegido el nuevo papa, que había tomado el nombre de León XIV, surgió inmediatamente la pregunta sobre el motivo de dicha elección, ante la sorpresa que había producido el nombre de León. Sin embargo, este nombre desde un punto de vista comparativo, ha sido relativamente frecuente en la historia de la Iglesia, es uno de los cinco nombres más usados por los sucesores de San Pedro. Lo que parece obvio es que la elección del nombre que hace cada papa debe de estar relacionada con la cercanía espiritual que el nuevo papa siente con un santo o con aquellos papas que han llevado el mismo nombre, especialmente con los más cercanos en el tiempo. La referencia al pontificado de León XIII es obligada y por ello mismo nos ha parecido conveniente dedicar este número de *Cristiandad* a glosar algunos aspectos de la vida y magisterio de aquel largo y fecundo pontificado de finales del siglo XIX y principios del xx.

Al elegir el nombre de León el actual papa ha querido subrayar la continuidad en la vida de la Iglesia. En nuestros días «lo correcto» es

alabar lo novedoso o rupturista, y por tanto elegir un nombre que ya habían elegido trece Papas anteriores tiene un mensaje de continuidad eclesial. También habrá estado presente en la elección recordar el magisterio de León XIII, tan variado temáticamente y de tanta riqueza doctrinal. **Es el papa del Sagrado Corazón de Jesús, del Rosario, de san José, de la restauración de**

Al elegir el nombre de León el actual papa ha querido subrayar la continuidad en la vida de la Iglesia.

la filosofía y teología de santo Tomás. Sus encíclicas contienen un profundo y completo desarrollo de doctrina sobre la vida familiar y social y finalmente, la que parece más recordada, la encíclica *Rerum novarum*, que inaugura el magisterio sobre el tema social como una de las cuestiones de mayor incidencia mediática en estos últimos decenios. Sobre ella se escribía en nuestra revista: «Al final de la encíclica *Rerum*

novarum, después de exponer la solución cristiana del problema social, afirma que la salud que se desea ha de esperarse principalmente no de esta o aquella fórmula económica, sino de una “magna efusión de caridad”. Virtud divina y efusión de caridad que, según explana el mismo pontífice en su encíclica *Annum sacrum*, sólo puede venir de Jesucristo: “puesto que no existe debajo del cielo otro nombre, dado a los hombres, en el cual hayamos de ser salvos”. En su sacratísimo Corazón “se han de cifrar, pues, todas las esperanzas; a Él se ha de rogar y de Él hemos de aguardar la salvación de los hombres. He ahí la gran esperanza de León XIII”»(*Cristiandad* enero 2011).

León XIII es el papa que terminaba el siglo XIX con la consagración al mundo al Corazón de Jesús, que como él mismo afirmaba era el acto más importante de su pontificado. En el reconocimiento de su reinado sobre el mundo ponía sus esperanzas de paz: «Si todos aceptan gustosamente este imperio de Cristo, entonces podrá restituirse a todo derecho legítimo su vigor, restaurarse los ornamentos de la paz; entonces se ocurrirán las armas de las manos...».

León XIII. Una semblanza

M^aReyes Jaurrieta Galdiano

Como ha recordado el actual papa León XIV, al final de la encíclica Rerum novarum, después de exponer la solución cristiana del problema social, León XIII afirma también que «la salud que se desea ha de esperarse principalmente», no de esta o aquella fórmula económica, sino de una «magna effusione caritatis».

EL fecundo y largo pontificado de León XIII duró 25 años (1878-1903). Respecto a su antecesor Pío IX es un pontificado de continuidad doctrinal, sin embargo brilla con luz propia por la riqueza que contiene su magisterio, transmitido principalmente a través de sus encíclicas, lo que ha llevado a llamarle «El papa de las encíclicas». Redactó más de 86 encíclicas, todas de su puño y letra.

Nacido en el Carpineto Romano, cerca de Roma, fue el sexto de los siete hijos del conde Ludovico Pecci y su esposa Anna Prosperi Buzzzi. Su familia pertenecía a la pequeña nobleza rural. Creció en un ambiente de profunda piedad. Su madre formaba parte de la Orden Tercera de San Francisco, orden en la que Pecci ingresaría en 1872. Su padre era comisario de guerra y coronel.

Entró a la edad de ocho años (1818) en el colegio jesuita de Viterbo; en 1824 se trasladó al también jesuita Colegio Romano. Se mostró extraordinariamente dotado para

el estudio del latín, adquiriendo entonces el gusto por componer poesía en esta lengua. En 1832 se doctoró en Teología. Los cinco años siguientes los empleó en el aprendizaje del derecho civil y canónico, en la Academia de Nobles. Al finalizarlos fue ordenado sacerdote (1837).

Muy pronto pasó al servicio del papa Gregorio XVI, quien le encomendó tareas diplomáticas, primero como delegado pontificio en las ciudades italianas de Benevento, Perugia y Spoleto (1838-1843), y luego como nuncio en Bélgica (1843-1846). En este tiempo viajó por los vecinos países de Alemania, Francia e Inglaterra, visitando sus complejos industriales. En 1846 fue nombrado obispo de Perugia. En este cargo desplegó gran celo apostólico y mostró gran valor en las tremendas sacudidas y peligros que acarreó la revolución de 1848. Como consecuencia de su buen quehacer fue elevado al cardenalato en 1853.

Durante las turbulencias que siguieron, y en las que las provin-



Imagen de una película de 1896 con León XIII como personaje central

cias de los Estados Pontificios cayeron una tras otra en poder de los piemonteses hasta la ocupación de la misma Roma (1860-1870), el cardenal obispo de Perusa mostró siempre gran energía y libertad de espíritu, mandando, ya solo, ya con los demás obispos, una protesta tras otra al gobierno contra la violación de los derechos de la Iglesia y las leyes anticatólicas que se iban promulgando por lo cual fue citado ante los tribunales, pero la sentencia fue absolutoria.

El papa Pío IX le nombró cardenal-camarlengo (1877), de modo que se trasladó a Roma. Era una muestra de confianza, pues en caso de muerte del pontífice sería el cardenal-camarlengo quien se ocupase de gobernar interinamente la Iglesia. Así ocurrió el año siguiente, encargándose él de la convocatoria del nuevo cónclave que elegiría al sucesor.

Este cónclave duró apenas dos días, del 18 al 20 de febrero, y en él se eligió al cardenal Pecci por amplia mayoría. Tenía entonces 69 años. Delgado, enérgico pero de

buen carácter y con flexibilidad, adoptó el nombre de León XIII, en honor de León XII.

Era el primer papa elegido después de la pérdida de los Estados Pontificios, por lo que no imparte la bendición *urbe et orbi* desde el balcón de la plaza de San Pedro, en señal de disgusto por la pérdida de los mismos, pero envía con prontitud a los soberanos, católicos y no católicos, salvo a los de Italia, un mensaje con deseos de lograr una buena relación.

«Quiero hacer una política grande»

Así se manifestaba el nuevo papa a su secretario de Estado el cardenal Franchi. ¿A qué se referían estas palabras del nuevo papa?

El Papa concibe desde el inicio de su pontificado un plan grandioso de restauración de la sociedad entera que ha de ser llevada por los principios de la razón y la fe con el convencimiento de que si Cristo fuera el fundamento de la vida privada y pública el orden social quedaría restablecido y habría un verdadero desarrollo de la civilización.

Ningún campo de la actividad humana escapó a la sagaz mirada de León XIII. Allí donde había penetrado el mal, allí alcanzó el celo y la solicitud del Pontífice: la filosofía, el derecho público, las costumbres, la economía, en una palabra, todas las manifestaciones del espíritu humano fueron objeto de su atención y estudio.

Su primera encíclica *Inscrutabili Dei* (abril de 78) manifiesta su propósito de llamar a todos los pueblos del orbe a acogerse al influjo benéfico de la Iglesia.

En 1881 se publica *Diuturnum illum* sobre el origen del poder, la *Immortale Dei* el 1 de noviembre de 1884 acerca de las relaciones Iglesia y Estado y la *Libertas praestantissimum* en 1887 sobre la libertad.

Descuellan también la *Quod apostolici* (1878) contra el socialismo, la *Aeterni Patris*, proclamando el retorno de la moderna filosofía de santo Tomás, la *Humanum genus* (1884) contra la masonería, la tan conocida *Rerum novarum* (1891) y *Annum Sacrum* (1899) sobre la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús. Son estas encíclicas, en su conjunto, una admirable suma de la concepción cristiana de la vida y de la sociedad.

Si bien es cierto que León XIII siguió doctrinalmente a Pío IX como ya hemos dicho, al verse rodeado de una Europa anticatólica en la que la Santa Sede había roto relaciones diplomáticas con Rusia, Alemania, Inglaterra, Francia y, desde luego, con Italia quiere manifestar su deseo de colaboración en bien de todos.

León XIII apoyó en circunstancias concretas el principio de tolerancia del mal menor (ej. *Au milieu des sollicitudes* en 1892 que dirigió a los católicos franceses) con la idea de llegar a fórmulas de conciliación

con los gobiernos, que en más de alguna ocasión se vieron frustradas por parte de éstos. El Papa confiaba en que su autoridad moral, a la que le añadía un eficiente cuerpo diplomático, ámbito en el que él se manejaba de modo brillante, podrían lograr que no se aplicaran con rigor medidas contra la Iglesia. Sus esfuerzos en este sentido tuvieron una receptividad relativa según países y gobiernos, por lo que el Papa irá optando cada vez más por dirigirse directamente al pueblo cristiano y a las gentes de buena voluntad.

Con Alemania se puede decir que los resultados fueron positivos ya que el Papa consiguió que Bismarck buscara una alianza con el Zentrum y pusiera fin a la política anticatólica de la *kulturkampf*.

Sin embargo León XIII, sin despreciar el concurso de estos «auxilios humanos», no puso ciertamente en ellos su principal esperanza. Profundamente convencido de que ni la ciencia humana, ni la habilidad política, ni la economía bastaban por sí solas para reparar los males de su época, nunca dejó de insistir en que la salud solo vendría del reconocimiento individual y social de Cristo, el Hijo de Dios vivo, príncipes de las naciones y portador de la verdadera paz. Como recordaba el actual papa León XIV, al final de la encíclica *Rerum novarum*, después de exponer la solución cristiana del problema social, afirma también que «la salud que se desea ha de esperarse principalmente», no de esta o aquella fórmula económica, sino de una «*magna effusione caritatis*».

Un gran resurgir espiritual

Es por ello que los años de su pontificado estuvieron marcado por un gran impulso de la piedad po-

pular; promueve encarecidamente las consagraciones a la Virgen, al Corazón de Jesús, el rezo del Rosario, con el mes de octubre dedicado especialmente a esta plegaria, proclama a san José como modelo de buen esposo, padre de familia y trabajador, encomienda a la Iglesia al arcángel san Miguel al término de la misa para que la defienda de las asechanzas del demonio.

Se refuerza el culto y la devoción a la Eucaristía mediante la adoración perpetua. Nacen los congresos eucarísticos internacionales (Bélgica, Holanda, Austria, Suiza..) con un sentido social de la realeza de Cristo, que congregarán multitudes para acompañar al Santísimo por las calles de las ciudades o lugares donde se celebraba el congreso.

Durante su pontificado se fundaron 248 nuevas diócesis y 48 vicaratos apostólicos, se restableció o se instituyó la jerarquía en varias naciones (Inglaterra, Japón...) no católicas y tomaron gran importancia en todas partes las órdenes religiosas.

El retorno a la unidad

León XIII tenía una gran esperanza en la realización de la unión de todos los que aman a Cristo a través de la mediación de María, deseo de unidad que también ha quedado reflejado en el lema del pontificado de León XIV «*In Illo uno unum*».

En el gran proyecto de León XIII entraba atraer hacia la Iglesia a las comunidades separadas de ella (por cisma, más que por herejía). Promueve que se envíen misioneros a Oriente (ejemplo los asuncionistas de Emmanuel D'Alzon), intensifica la formación de un clero indígena uniata, la erección de seminarios y de colegios de estudios orientales, el armenio, el maronita, el melkita,

el copto, el sirio, el caldeo, el griego...

En 1896 hace acuñar una medalla conmemorativa de su XXIX aniversario papal en cuyo reverso figuran, junto a una alegoría a la unidad de la Iglesia, las palabras de Cristo: «Habrà un rebaño y un pastor».

La consagración del mundo al Corazón de Jesús (1899)

En abril, un mes antes de la consagración, expresaba el Papa al obispo de Lieja, Doutreloux «voy a hacer el acto más grandioso de nuestro pontificado».¹ Consciente de los grandes males que afligen al mundo y respondiendo a la petición de la beata **María del Divino Corazón, Droste zü Vischering** (1863-1899), el pontífice pone toda su confianza al final de su vida en el Corazón de Jesús y consagra todo el género humano al Sagrado Corazón de Jesús, indicando a través de la encíclica *Annum sacrum* que esta consagración se hiciera en la iglesia principal de todas las poblaciones el 11 de junio de 1900. «Urge, pues, acudir a Él, que es camino, verdad y vida» (*Annum sacrum*).

Como continuidad a esta encíclica escribe la *Tametsi futura* (1900) como clausura del año santo en la que responde con gozo a la petición de proclamar solemnemente la realeza de Cristo sobre las familias, los pueblos y la humanidad toda. «Hemos de legar, Dios mediante, al siglo que viene la tan manifiesta devoción a la persona del Redentor. Abrazando con benignidad a todos los hombres y pueblos, se acuerde de aquellas palabras suyas: “Yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todas las cosas hacia mí”» (Jn 12,32).

¹ *Actualidad de la idea de Cristo Rey*, Pubs. Cristiandad, 1951, 13-22

Actualidad de la doctrina social del papa León XIII

María Jaurrieta Manresa

*Dentro de las grandes encíclicas que constituyen la obra de León XIII, hay varias que sintetizan su magisterio en la cuestión social: la *Diuturnum illud* (1881), sobre el origen del poder; la *Immortale Dei* (1885), sobre la constitución cristiana de los estados; y la *Libertas* (1888), sobre la libertad y el liberalismo.*

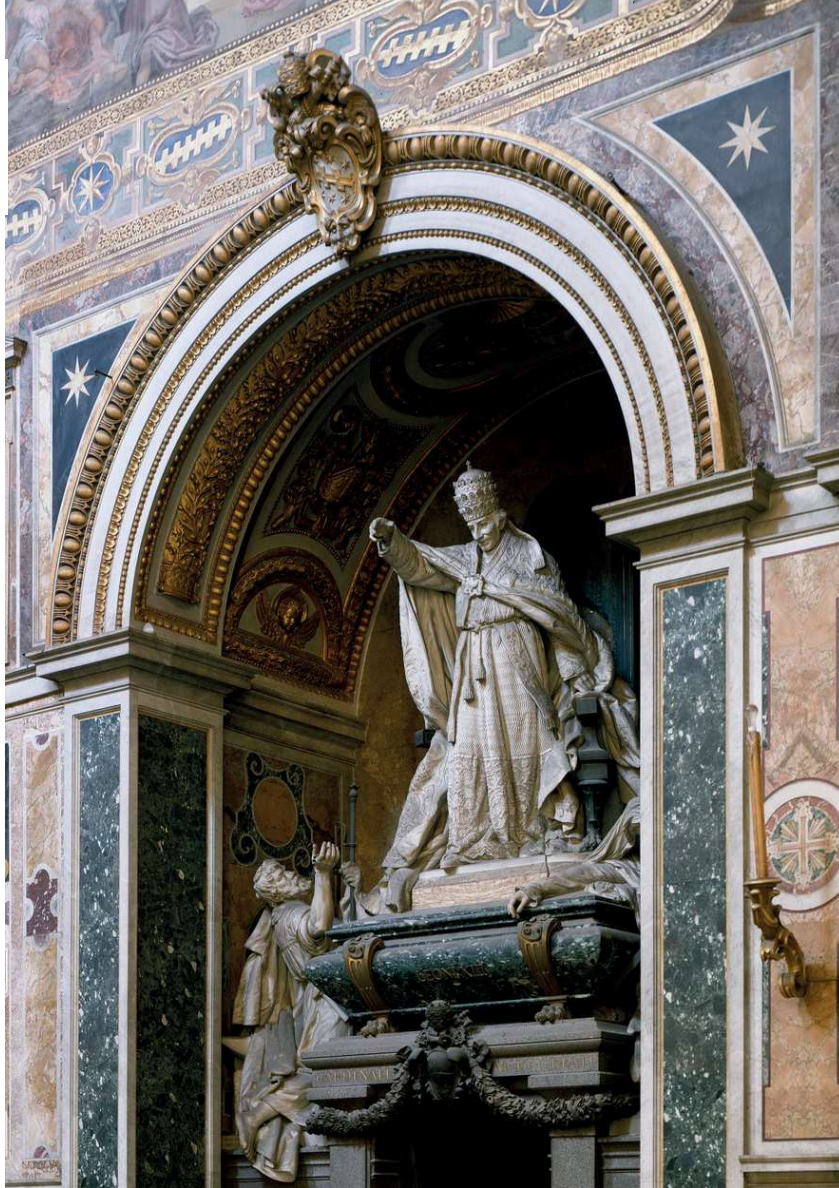
LÉON XIII gobernó la Iglesia en una Europa fragmentada por las revoluciones liberales y los designios de las sociedades secretas. A esto se le sumaron los embates de los nuevos socialismos y del anarquismo, reacciones contra el liberalismo económico, aunque provienen de su misma fuente. Ya desde finales del siglo XVIII, las revoluciones industriales habían provocado un cambio profundo en las dinámicas económicas y sociales del mundo. Además de un inmenso y exponencial desarrollo y competitividad económica sin límites, desató una carrera imperialista por las materias primas, alimentó la naturalista idea del progreso ilimitado, y provocó la aparición de la llamada «cuestión social». A pesar de ello: «El peligro no estaba tanto en la fuerza del socialismo, como en la debilidad de la sociedad. Y esta debilidad era hija de la confusión de ideas a que había conducido al olvido de los principios católicos.»¹

1 P. Basil, «Tesis e hipótesis en León XIII»,

La «cuestión social» es también lo que preocupa al papa León XIV hoy en día. Pero en estos 150 años las ideas han evolucionado mostrando nuevos rostros y formas, aunque sigue siendo correcto afirmar que la confusión social que existe en nuestra sociedad es proporcional a su alejamiento de los principios católicos, que ya no empapan lo natural para ordenarlo, pacificarlo y conducirlo a su plenitud.

En esta misma línea, el pasado 28 de agosto el Papa se dirigió a los políticos franceses y en su discurso recordó con suavidad y firmeza los deberes de los católicos para con la sociedad invitándoles a profundizar en la fe y en la doctrina social de la Iglesia. Afirma nuestro Sumo Pontífice que: «[Los políticos cristianos] Están llamados, por tanto, a fortalecerse en la fe, a profundizar en la doctrina –en particular la doctrina social– que Jesús ha enseñado al mundo, y a ponerla en práctica en

Cristiandad 10 (15 de agosto de 1944), 8.



Monumento dedicado al papa León XIII , San Juan de Letrán (Roma)

el ejercicio de sus funciones y en la redacción de leyes». Por ello, es necesario volver a la doctrina social de la Iglesia.

Dentro de las grandes encíclicas que constituyen la obra de León XIII, hay varias que sintetizan su magisterio en la cuestión social: la *Diuturnum illud* (1881), sobre el origen del poder; la *Immortale Dei* (1885), sobre la constitución cristiana de los estados; y la *Libertas* (1888), sobre la libertad y el liberalismo. A lo largo de estos textos, el Papa expone los principios de moral y organización política de un estado cristiano en perfecta continuidad con el *Syllabus* de Pío IX ya que de modo concreto se presentan y condenan los puntos clave del liberalismo. También la conocida *Rerum novarum* va en esta

misma línea aunque se centra más en las consecuencias económicas y sociales de la ideología liberal. De estos textos se han entresacado cuatro principios necesarios si queremos restaurar la salud de nuestra sociedad.

Relación Iglesia-Estado

El papa examina el origen de la sociedad, que está inscrito en la naturaleza humana, de manera que: «El hombre está ordenado por la naturaleza a vivir en comunidad política. El hombre no puede procurarse en la soledad todo aquello que la necesidad y la utilidad de la vida corporal exigen, como tampoco lo conducente a la perfección de su es-

píritu.»² Ahora bien, el bien supremo del hombre no es solo el bienestar y perfección naturales sino los sobrenaturales. En orden a alcanzar este fin último, Cristo fundó y estableció otra sociedad, la Iglesia.

Existen por tanto dos sociedades, que, aunque poseen el mismo origen en Dios, (una indirectamente, a través de la naturaleza humana y otra directamente fundada por Cristo), difieren, sin embargo, en su fin y en su carácter constitutivo. La sociedad civil tiene una forma variable que, en sí es indiferente siempre que atienda al bien común; la Iglesia, en cambio tiene una constitución inmutable, expresión del derecho divino. Por otro lado, mientras que la sociedad civil está encerrada dentro de unas fronteras, es particular; la sociedad religiosa tiene como característica la Catolicidad, es decir, una vocación universal que abarque toda la tierra.

«Dios ha repartido, por tanto, el gobierno del género humano entre dos poderes: el poder eclesiástico y el poder civil. El poder eclesiástico, puesto al frente de los intereses divinos. El poder civil, encargado de los intereses humanos».³ Señala el Papa que ambas sociedades son soberanas en su ámbito y gozan por tanto *de iure proprio*.

Pero, siendo el hombre el sujeto de ambos poderes y existiendo cuestiones de fuero mixto, ha de existir, necesariamente, un orden entre ambos poderes. Afirma categóricamente que en ningún caso la Iglesia puede estar sometida al poder civil, y que en el resto de cuestiones la relación entre Iglesia y Estado ha de ser de concordia y

² *Immortale Dei*, 2

³ *Immortale Dei*, 6

armonía, semejante a la que se da entre alma y cuerpo. «Así –concluye León XIII–, todo lo que de alguna manera es sagrado en la vida humana, todo lo que pertenece a la salvación de las almas y al culto de Dios, sea por su propia naturaleza, sea en virtud del fin a que está referido, todo ello cae bajo el dominio y autoridad de la Iglesia. Pero las demás cosas que el régimen civil y político, en cuanto tal, abraza y comprende, es de justicia que queden sometidas a éste, pues Jesucristo mandó expresamente que se dé al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».⁴

Esto es a lo que León XIV se refiere cuando afirma, por ejemplo: «No hay separación en la personalidad de una persona pública: no hay, por un lado, el político y, por otro, el cristiano. Sino que está el político que, bajo la mirada de Dios y de su conciencia, vive cristianamente sus compromisos y sus responsabilidades.»

⁴ *Immortale Dei*, 6

Origen del poder y la autoridad

Fundamentándose en la sociabilidad natural del hombre, el papa León XIII afirma en la *Diuturnum illud* que es necesario, con la misma necesidad de la sociedad, que ésta esté regida por una autoridad. Pero que, esta autoridad –el poder civil–, tiene un origen divino puesto que: «ningún hombre tiene en sí mismo o por sí mismo el derecho de sujetar la voluntad libre de los demás con los vínculos de este imperio. Dios, creador y gobernador de todas las cosas, es el único que tiene este poder. Y los que ejercen ese poder deben ejercerlo necesariamente como comunicado por Dios a ellos: “Uno solo es el legislador y el juez, que puede salvar y perder” [10].»⁵ León XIII demuestra cómo el origen divino del poder es, a la vez, garantía de su estabilidad y de los derechos de los gobernados. Subraya además que la discusión no está en la forma de gobierno, que es indiferente, siempre que se ordene al bien común de la sociedad y que

⁵ *Diuturnum illud*, 7

se entienda que el origen del poder es divino.

Deberes y derechos de los ciudadanos

Los gobernantes tienen en el Señor del universo el modelo y origen de su poder, tienen en Él también un límite y cauce moderador en el ejercicio de este mismo poder «que el mandato e imperio que ejercen los gobernantes, ha de ser justo, no despótico, sino en cierta manera paternal, porque el poder justísimo que Dios tiene sobre los hombres está también unido con su bondad de Padre». Y cita al respecto el libro de la Sabiduría: (6, 4-8) «El Altísimo examinará vuestras obras y escudriñará los pensamientos. Porque siendo ministros de su reino, no juzgasteis con rectitud... se os presentará espantosa y repentinamente, pues el juicio será durísimo para los que presiden a los demás... Que no exceptuará Dios persona alguna, ni respetará la grandeza de nadie, porque Él mismo hizo al pequeño y al grande y de to-

El error no tienen derechos

El derecho es una facultad moral que, como hemos dicho ya y conviene repetir con insistencia, no podemos suponer concedida por la naturaleza de igual modo a la verdad y al error, a la virtud y al vicio. Existe el derecho de propagar en la sociedad, con libertad y prudencia, todo lo verdadero y todo lo virtuoso para que pueda participar de las ventajas de la verdad y del bien el mayor número posible de ciudadanos. Pero las opiniones falsas, máxima dolencia mortal del entendimiento humano, y los vicios corruptores del espíritu y de la moral pública deben ser reprimidos por el poder público para impedir su paulatina propagación, dañosa en extremo para la misma sociedad.

León XIII, *Libertas* 18 (1888)

dos cuida igualmente. Mas a los mayores amenaza mayor suplicio».

Pero, por su parte, los gobernados tienen el deber de obedecer a las autoridades como a Dios mismo no por miedo o como siervos, «sino como deber de conciencia»⁶ siendo conscientes de que el gobierno civil ha sido puesto para alcanzar el bien común de la sociedad.

Precisa León XIII que: «Una sola causa tienen los hombres para no obedecer: cuando se les exige lo que repugna al derecho natural o al derecho divino. A ejemplo de los apóstoles hay que responder animosamente: –es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hch 5, 29)– porque, si la voluntad de los gobernantes contradice a la voluntad de las leyes de Dios, pervierten la justicia, porque esa autoridad, sin la justicia, es nula».⁷

La libertad

En la encíclica *Libertas*, León XIII se centra en la doctrina sobre la verdadera libertad, purgándola de todo error corruptor introducido por las doctrinas liberales. En efecto, ya en la *Immortale Dei*, el Papa había distinguido en las llamadas «libertades modernas» (libertad de expresión, de imprenta, de enseñanza, libertad de cultos, de conciencia, etc...) qué había de bueno y qué era condenable. A lo largo de la encíclica queda claro el alto aprecio que la Iglesia ha tenido siempre a la libertad y el papel que ha jugado en su defensa.

La libertad, definida por el Papa, es «la facultad de escoger lo más conveniente a nuestro propósito». La razón presenta a la voluntad el bien que juzga más conveniente.

Sin embargo, siendo la razón y la voluntad imperfectas –tal y como demuestra la posibilidad de errar en el juicio o la elección–, la libertad humana tiene necesidad de ayudas. Así, tiene el auxilio de la ley natural, fundamentada en la ley eterna, y, sobre todo, el auxilio sobrenatural de la gracia divina que en ningún caso anula la libertad, sino que la restaura y la perfecciona.

Tras condenar las doctrinas liberales sobre la libertad en sus distintos grados, señalando la imposibilidad de que un católico las sostenga, el Papa se extiende sobre la doctrina de la tolerancia. Al respecto, señala que: «Dios mismo, en su Providencia, aun siendo infinitamente bueno y todopoderoso, permite, sin embargo, la existencia de algunos males en el mundo, en parte para que no se impidan mayores bienes y en parte para que no se sigan mayores males».⁸ Así, el gobernante católico se ve obligado en ciertas circunstancias a comportarse de la misma manera con respecto a la aceptación de otros cultos que no sean el católico, sin que en ningún caso sea legítimo aceptar ese mal como bien. «Sin embargo, permanece siempre fija la verdad de este principio: la libertad concedida indistintamente a todos y para todo, nunca, como hemos repetido varias veces, debe ser buscada por sí misma, porque es contrario a la razón que la verdad y el error tengan los mismos derechos.»⁹

En cualquier caso, es fundamental tener en cuenta que, en ningún caso, es indiferente la cuestión política para la Iglesia. Recordemos que la religión es una virtud que pertenece a la justicia, y que: «La

sociedad, por su parte, no está menos obligada que los particulares a dar gracias a Dios, a quien debe su existencia, su conservación y la innumerable abundancia de sus bienes.»¹⁰ Es por tanto un deber de los estados reconocer el culto divino verdadero, aunque, por las presentes y concretas circunstancias en las que vive la Iglesia en los tiempos modernos, sea recomendable, por prudencia, una actitud «tolerante».

Conclusión

Estos son los principios a los que hay que retornar, la tesis que hay que defender como único principio sobre el que construir una sociedad próspera y pacífica. Pero, sin desconocer las dificultades que existen para aplicarlos, nuestra Madre la Iglesia nos recuerda la razón última de nuestra esperanza para la sociedad y el mundo. Cristo Crucificado con su Corazón abierto para redimir al hombre.

Por ello, así como las enseñanzas de León XIII alcanzaron su culmen con la consagración del mundo al Corazón de Jesús, León XIV nos invita, ante la dificultad de perseverar en la fe en medio de los embates ideológicos de la sociedad, a abrazarnos al Señor «(...) solo la unión con Jesús –¡Jesús crucificado!– les dará ese coraje de sufrir por su nombre. Él lo dijo a sus discípulos: “En el mundo tendrán tribulación, pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo”» (Jn 16, 33).

Tomando, pues, las palabras del papa León XIV «Recojamos esta preciosa herencia y reemprendamos el camino, animados por la misma esperanza que brota de la fe».

⁶ *Diuturnum illud*, 9

⁷ *Diuturnum illud*, 11

⁸ *Libertas*, 23

⁹ *Libertas*, 23

¹⁰ *Immortale Dei*, 3

El magisterio de León XIII sobre el Rosario: remedio contra los males modernos

Santiago Alsina Casanova

León XIII, con 86 encíclicas y doce de ellas dedicadas expresamente al Rosario, fue el gran apóstol de esta devoción. Supo leer los signos de su tiempo y señalar el camino para combatir los males modernos: el Rosario, la oración mariana por excelencia.

COMO afirmaba el padre Ramón Orlandis, «la historia revela las leyes de la Providencia divina actuando en los pueblos y en toda la humanidad. Descubrir estos planes y acogerlos con humildad no es sólo un ejercicio intelectual, sino una guía para orientar nuestra acción y alentar nuestra esperanza».

Con Pío IX se abre la época contemporánea de la Iglesia, marcada por la progresiva descristianización de Europa: una civilización que, habiendo recibido la semilla del Evangelio, secó sus raíces y comenzó a caminar hacia el ateísmo. Sin embargo, la Providencia quiso que este tiempo fuera también profundamente mariano: dogmas, apariciones y un creciente protagonismo de María en la vida de la Iglesia anunciaban la intervención materna de la Virgen en la historia.

León XIII: el Papa del Rosario

En este contexto, León XIII (1878-1903), con 86 encíclicas y doce de ellas dedicadas expresamente al Rosario, fue el gran apóstol de esta devoción. Supo leer los signos de su tiempo y señalar el camino para combatir los males modernos: la oración mariana por excelencia.

Desde *Supremi apostolatus officio* (1883), donde expuso la historia del Rosario y concedió indulgencias, hasta *Parta humano generi* (1901), León XIII invitó a toda la Iglesia a redescubrir el poder del Rosario. En sus escritos recordó las victorias históricas asociadas a esta oración —como Lepanto en 1571 y la fiesta instituida por san Pío V— y consagró el mes de octubre al rezo del Rosario junto a la exposición del Santísimo.

Un arma para los males de su tiem-



¡Hay que confiar en María! ¡Hay que rogar a María! ¿Qué no podrá hacer ella en pro de la realización de nuestro deseo? Que la religión llegue a unir a todos los espíritus por la profesión de una misma fe y a todas las voluntades por los lazos de una perfecta caridad.

León XIII, *Adiutricem populi* (1895)

po. León XIII percibió los desafíos de su siglo: el avance del laicismo, la corrupción de las costumbres, las amenazas contra la familia y la fe. Frente a ello, presentó el Rosario como «arma poderosa» (*Diuturni temporis*), fuente de paz y medio para luchar contra las herejías y las ideologías anticristianas.

Sus encíclicas abordan también la unión del Rosario con otras devociones y necesidades: la protección de san José (*Quamquam pluries*), la súplica en tiempo de cólera (*Superiore anno*), la conversión de los pueblos (*Magnae Dei Matris*), la restauración de la familia cristiana y la vida moral mediante *Laetitia sanctae* (1893)

y la culminación de su enseñanza en *Parta humano generi* (1901).

«*Laetitia sanctae*»: el Rosario y la restauración de la vida familiar

En esta encíclica, León XIII identificó tres grandes males que, a su juicio, estaban socavando las raíces de la sociedad cristiana:

–**El rechazo de la vida sencilla y doméstica**, sustituida por la ambición y el afán desordenado de progreso material.

–**La aversión al sufrimiento**, considerado una carga inútil en lugar de un camino de purificación y mérito.

–**El olvido de la vida eterna**, que llevaba a vivir como si la tierra fuera el destino definitivo.

Frente a estos males, el Papa propuso el Rosario como una auténtica escuela de vida cristiana y de restauración social:

«La contemplación de los misterios gozosos enseñará a las familias el amor al hogar, la obediencia y la virtud doméstica; los misterios dolorosos infundirán paciencia y fortaleza en las adversidades, recordando que el sufrimiento, lejos de ser inútil, puede ser redentor; y los misterios gloriosos elevarán las miradas hacia la esperanza eterna, ayudando a los hombres a vivir como ciudadanos del Cielo».

El Papa lamentaba que «los hombres de hoy, embriagados de una falsa idea de progreso, desprecien la modestia de la vida doméstica y huyan del hogar, en el que se forman las virtudes más sólidas de la sociedad cristiana». Y añadía: «Si esta escuela de humildad y de amor renace gracias a la oración del Rosario, veremos de nuevo florecer las familias cristianas».

También denunciaba la actitud

ante el sufrimiento: «Hay quienes rehuyen cualquier cruz, olvidando que fue con la cruz con la que Cristo nos redimió; el Rosario, meditando los dolores de Jesús y de María, nos enseña a aceptar nuestras penas».

Y respecto al olvido de la vida eterna: «El error más funesto de esta época es vivir como si esta vida fuera la definitiva... Los misterios gloriosos del Rosario nos elevan la mente hacia la patria celestial y nos ayudan a despreciar los bienes caducos».

«Diurni temporis»: el Rosario como escudo contra las herejías

En 1898, León XIII publicó *Diurni temporis*, donde profundizó en el valor histórico y espiritual del Rosario. En ella recordaba cómo esta devoción había sido «un muro poderoso contra las herejías» y una fuente inagotable de virtudes para el pueblo cristiano:

«El Santo Rosario, compuesto de la salutación angélica repetida, de la oración dominical y de la meditación de los misterios de nuestra Redención, ha sido instituido como un remedio eficaz contra los errores que acechan la fe».

El Papa subrayaba que esta oración, por su sencillez y profundidad, era asequible a todos:

«No requiere largos razonamientos ni conocimientos elevados, sino que adapta los misterios divinos a la capacidad del pueblo sencillo, al tiempo que alimenta la devoción de los doctos».

Además, vinculaba el Rosario a la perseverancia de la Iglesia en medio de las persecuciones:

«Mientras los enemigos de la fe levantan tempestades contra la Iglesia, el Rosario se ha mostrado como un puerto seguro donde las almas hallan refugio y fortaleza».

Diurni temporis insistía en la necesidad de promover esta práctica en las familias, parroquias y cofradías, como medio de «renovar la vida cristiana y detener la ruina de las costumbres».

«Parta humano generi»: culminación de su enseñanza sobre el Rosario

En 1901, con *Parta humano generi*, León XIII quiso coronar su ciclo de enseñanzas sobre el Rosario. En esta carta apostólica expresó su alegría por los frutos ya visibles que esta devoción había producido en la Iglesia y en las almas:

«Nos alegra inmensamente que el Rosario, que tantas veces hemos recomendado, haya echado raíces profundas en los hogares cristianos, haya sido adoptado por numerosas cofradías y continúe produciendo abundantes frutos de fe y piedad».

En esta carta apostólica, el Papa denunció con firmeza los ataques del gobierno de Francia contra la educación católica, que pretendían arrancar a Cristo de las escuelas y someter la formación de la juventud a un sistema laicista y hostil a la fe.

León XIII señalaba que este proyecto de descristianización educativa no sólo amenazaba la transmisión de la doctrina, sino el alma misma de la sociedad. Ante esta ofensiva, propuso el Rosario como remedio espiritual y como fuerza de resistencia cultural: invitó a las familias a rezarlo en sus hogares, a las parroquias a promoverlo en las escuelas cristianas y a las cofradías a intensificar su difusión:

«Allí donde las leyes humanas han querido separar la escuela de la fe y arrancar a Cristo de la formación de la juventud, el Rosario ha mantenido viva la llama en los cora-

zones y ha preservado a muchos de la ruina moral».

Asimismo, vinculó su mensaje con una perspectiva profética: el Rosario como preparación para tiempos difíciles, como muro de

León XIII propuso el Rosario como remedio espiritual y como fuerza de resistencia cultural: invitó a las familias a rezarlo en sus hogares, a las parroquias a promoverlo en las escuelas cristianas y a las cofradías a intensificar su difusión.

contención contra las herejías modernas y como garantía de la victoria espiritual de la Iglesia:

«Con esta oración sencilla y profunda, queremos que los fieles se dispongan a resistir a los enemigos de la fe y a cooperar, por la intercesión de la Virgen, en la restauración del Reino de Cristo».

Escuela de oración y de confianza

Para León XIII, la reiteración del avemaría no era una vana repetición, sino un auténtico método pedagógico espiritual. Esta repetición pausada y meditativa forma el corazón en la paciencia, abre la mente a la contemplación de los misterios de Cristo y fortalece la voluntad en la perseverancia. El Rosario, enseñaba el Papa, es una escuela de oración sencilla porque todos pueden aprenderla, desde los niños hasta los sabios, y perseverante porque introduce al cristiano en el ritmo de la oración continua. Cada decena, cada misterio, es una lección de fe: meditar con los ojos de María la

Encarnación, la Pasión y la Gloria de su Hijo; confiar en su intercesión poderosa que acerca las almas a Cristo; y vivir con sentido sobrenatural las dificultades cotidianas, descubriendo en ellas una participación en la cruz redentora y una anticipación de la gloria futura.

Frutos y profecía

Los frutos del Rosario, según el Papa, fueron ricos y palpables: generó una profunda renovación de la vida cristiana, estimuló la defensa de la fe frente a la secularización y fomentó la unidad visible de la Iglesia en torno a la Virgen María. El rezo perseverante del Rosario, alentado por sus encíclicas, propició el surgimiento de nuevas cofradías, fortaleció la piedad popular y preparó a las familias para resistir las tentaciones de la época. Al final de su pontificado, León XIII celebró la solemne consagración de los quince altares del santuario de Lourdes, en honor a los quince misterios, como signo visible de esta renovación espiritual que él atribuía en gran parte a la propagación de esta devoción.

El Papa no sólo veía frutos inmediatos, sino que hablaba con una mirada profética: su insistencia en el Rosario respondía a los males que ya amenazaban la Cristiandad –descristianización, separación de Iglesia y Estado, persecución de la educación católica– y anticipaba los desafíos que hoy también enfrentamos, como la pérdida de la identi-

dad cristiana en la vida pública y la desintegración moral en las familias. Veía en esta oración no un remedio pasajero, sino una estrategia duradera que, bien vivida, podría sostener a la Iglesia en medio de las pruebas futuras y conducirla a la victoria espiritual prometida por Cristo.

Conclusión: un camino seguro para hoy

Los papas, en su misión profética, nos han dejado medios seguros para instaurar el Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María. A lo largo de las encíclicas de León XIII se revela un hilo conductor: **la convicción de que esta sencilla oración, rezada en familia, en la parroquia y en la sociedad, es capaz de detener la descristianización, restaurar la moral y preparar la victoria espiritual de la Iglesia.**

Hoy, al contemplar un mundo que enfrenta desafíos similares –secularización, crisis de la familia, ataques a la educación cristiana–, la voz de León XIII resuena como una invitación: oración perseverante, confianza filial en María y compromiso de vivir los misterios del Rosario en la vida cotidiana. Así se cumple el sueño de san Juan Bosco «La Iglesia, como un barco en medio de la tormenta, amarrada a las dos columnas de la Eucaristía y de la Virgen.» y se nos muestra el camino: rezar, meditar y vivir el Rosario, para que Cristo reine en nuestras familias y en la sociedad.



La ciudad terrena y sus embates

Todos los que favorecen la peor parte de la «ciudad terrena» parecen conspirar a una y pelear con la mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio la sociedad que llaman de los masones, extensamente dilatada y firmemente constituida.

Sin disimular ya sus intenciones, audacísimamente se animan contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios que les granjeó Jesucristo, nuestro Salvador.

En tan inminente riesgo, en medio de tan atroz y porfiada guerra contra el nombre cristiano, es nuestro deber indicar el peligro, señalar los adversarios, resistir cuanto podamos sus malas artes y designios, para que no perezcan eternamente aquellos cuya salvación nos está confiada...

León XIII, *Humanum genus* (20/V/1884)

León XIII y la encíclica «Aeterni Patris»

Antoni Prevosti Monclús

León XIII, movido sin duda por el Espíritu Santo, no hizo sino explicitar y poner a plena luz el pensamiento y la voluntad de la Iglesia sobre el quehacer de la filosofía.

PARA los filósofos, y especialmente para los filósofos y teólogos tomistas, el nombre del papa León XIII se asocia automáticamente a un hito de primera importancia en la historia del tomismo, de influencia decisiva para el auge posterior de esta escuela de pensamiento. La publicación el 4 de agosto de 1879, año segundo de su pontificado, de su encíclica *Aeterni Patris*, sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de santo Tomás de Aquino, fue como una llamada del pastor, que puso en marcha el rebaño, hasta entonces distraído y disperso, hacia los pastos abundantes, pero casi abandonados, del pensamiento de santo Tomás y tuvo como efecto un movimiento inaudito de renovación del tomismo, que contempló un florecimiento espléndido en el siglo XX. Así, la publicación de la *Aeterni Patris* de León XIII constituye el hecho de referencia para la eclosión de la llamada «neoescolás-

tica» en general y, en particular, del «neotomismo».

Los inicios de recuperación del tomismo

Esto no significa, sin embargo, que el Papa iniciara con dicha encíclica desde cero algo que antes no existía; al contrario: con la encíclica recogía, sancionaba e impulsaba unos esfuerzos de renovación tomista que a lo largo del siglo XIX se habían ido abriendo paso de la mano de unos cuantos profesores y teólogos, que percibieron la pobreza e infertilidad de las enseñanzas filosóficas que se impartían por lo general en los seminarios e institutos de formación católica y se convencieron, con auténtica clarividencia, de la necesidad de una recuperación de las doctrinas filosóficas de santo Tomás, al servicio de la fe y de una teología sólida y conforme a aquella. En tiempos de León XIII el movimiento se hallaba ya presente en varios países

de Europa, principalmente en Italia, España, Alemania y Francia; pero es indiscutible que su cuna fue Italia. Y en Italia cabe señalar incluso algunos focos concretos de especial importancia, como el seminario del Colegio Alberoni en Plasencia, o Nápoles, en donde se fundaría la revista *La Civiltà Cattolica*.

Es cierto que nada surge de la nada, o sea que también este resurgir del tomismo en el siglo XIX se hizo posible entroncando con la tradición, que nunca se perdió del todo, que los frailes de la orden de santo Domingo habían seguido cultivando, y que subsistía no sólo como un rescoldo, sino que ardía también con fuego vivo en hombres concretos que entregaron su saber y sus capacidades para mantenerla. Entre éstos hay que nombrar en particular la labor de dos religiosos de origen catalán: el dominico **Juan Tomás de Boxadors** (1703-1780), que fue general de la Orden de Predicadores y que promovió en ella nuevos planes de estudio, orientados a un conocimiento directo y más genuino de las doctrinas de santo Tomás, y, por otro lado, el jesuita **Baltasar Masdeu** (1741-1820), quien, expulsado de España junto con sus hermanos de orden en 1767 por Carlos III, pasó por diversos lugares de Italia, donde ejerció de padre espiritual de varios seminarios y prendió la chispa que encendería el fuego de la renovación tomista en Italia. Fue, en efecto, en el colegio San Pedro de Plasencia donde conoció y orientó hacia el tomismo al que sería uno de los iniciadores del movimiento italiano, **Vicente Buzzetti**, como veremos a continuación.

Según algunos autores, el iniciador del movimiento neoescolástico en Italia fue **Gaetano Sanseverino** (1811-1865), canónigo de la catedral de Nápoles. Pero otros estudiosos

señalan a **Vicente Buzzetti** (1777-1824), canónigo también, en este caso de Plasencia, como pionero al que podemos remontar más o menos directamente el conjunto de los renovadores italianos del tomismo. Buzzetti habría influido en los **hermanos Sordi** y éstos, especialmente **Serafín**, en los jesuitas de Nápoles: **Taparelli, Curci, Liberatore**. A Carlos María Curci (1809-1891) se debe la iniciativa de la creación de *La Civiltà Cattolica* en 1850, y su dirección en sus primeros tiempos. Esta revista de la Compañía de Jesús, que se proponía en general defender la civilización católica frente a sus enemigos, especialmente liberales y masones, se empeñó también expresamente en defender y difundir el estudio de las doctrinas de santo Tomás. **Serafín Sordi**, por otro lado, había sido en 1830, en Módena, compañero de **José Pecci, S.I.**, a quien orientó hacia el tomismo; éste formó después un importante núcleo tomista en el seminario de Perugia. **José Pecci era hermano de Joaquín Pecci, el futuro pontífice León XIII.**

Propósito de la encíclica

Al publicar su encíclica «sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de santo Tomás de Aquino», León XIII no seguía una afición o idea personal, sino que se movía en el programa enteramente eclesial que el entonces reciente **Concilio Vaticano I (1869-70)** había trazado. Como dijo el Santo Padre Juan Pablo II en la celebración del centenario de la publicación de la encíclica *Aeterni Patris*: «Está fuera de duda que la finalidad primaria, a la que miró el gran pontífice al dar ese paso de importancia histórica, fue reanudar y desarrollar la enseñanza sobre las relaciones entre fe y razón,

propuesta por el Concilio Vaticano I, en el que él había tomado parte muy activa como obispo de Perugia.»

Dice León XIII, hacia el inicio de su encíclica, que su propósito es establecer un método para los estudios filosóficos que sirva al bien de la fe y sea conforme a la dignidad de las ciencias humanas. Ello es necesario, observa, por la importancia que tiene el conocimiento de la verdad para el bien, la libertad y la conservación de los hombres; por lo cual Jesucristo mandó a los apóstoles a enseñar a todas las gentes, y a la Iglesia la constituyó en Maestra en la fe para todos los pueblos. Ahora bien, porque los errores en las ciencias humanas y especialmente en la filosofía no dejan

«El Papa hace notar que la causa de los males de su tiempo y de los que podían venir se hallaba en gran parte en los malos principios filosóficos que la modernidad había propalado copiosamente».

de perjudicar y corromper la verdadera fe, «los supremos pastores de la Iglesia siempre juzgaron ser también propio de su misión promover con todas sus fuerzas las ciencias que merecen tal nombre, y a la vez proveer con singular vigilancia para que las ciencias humanas se enseñasen en todas partes según la regla de la fe católica, y en especial la filosofía, de la cual, sin duda, depende en gran parte la recta enseñanza de las demás ciencias». **El Papa hace notar que la causa de los males de su tiempo y de los que podían venir se hallaba en gran parte en los malos principios filosóficos que la modernidad había propalado copiosamente.** Y aunque la filosofía



humana no es capaz de rechazar por sí misma todos los errores, el orden mismo de la Providencia divina pide que se recurra al apoyo de la ciencia humana al llamar a los pueblos a la fe y a la salvación.

Una sana filosofía prepara los entendimientos para la recepción de la fe y es de grande utilidad. Destaca el Papa: «Así en primer lugar el grande y excelentísimo fruto que se recoge de la razón humana es el demostrar que hay un Dios: “pues por la grandeza de la hermosura de la criatura se podrá a las claras venir en conocimiento del Criador de ellas (Sap 13,5)”». La buena filosofía sirve además para que el cultivo de la más noble de todas las ciencias, la sagrada teología, revista la índole de auténtica ciencia. La encíclica prueba no sólo con razones sino con ejemplos tomados de la historia de la Iglesia la conveniencia y los buenos frutos de la colaboración de filosofía y fe. Destaca en esta labor la magna tarea de la escolástica medieval, que recopiló y refundió las doctrinas de los Santos Padres. Y entre

los escolásticos, recalca el Papa, brilla especialmente **santo Tomás de Aquino**, que no dejó prácticamente ninguna materia sin abordar y que congregó y dispuso en orden admirable las doctrinas de todos los doctores, las aumentó con nuevos principios, y argumentó con robustos razonamientos. Y he aquí el notable juicio que nos ofrece León XIII: «Habiendo empleado este método de filosofía, consiguió haber vencido él solo los errores de los tiempos pasados, y haber suministrado armas invencibles, para refutar los errores que perpetuamente se han de renovar en los siglos futuros». Su modo de distinguir la razón de la fe y a la vez asociarlas amigablemente, conservando los derechos de una y otra, escribe el Papa que: «proveyó a su dignidad de tal suerte, que la razón elevada a la mayor altura en alas de Tomás, ya casi no puede levantarse a regiones más sublimes, ni la fe puede casi esperar de la razón más y más poderosos auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás».

El Papa prosigue en su encíclica recordando los elogios al Doctor Angélico de sus antecesores y de los concilios, así como el testimonio de las órdenes religiosas, no solo la de Predicadores, que le tomaron como maestro.

Al considerar los males que se siguen del error y de los falsos principios filosóficos, el Papa manifiesta su deseo de que se suministre a la juventud estudiosa la sabiduría que mana en rica vena de santo Tomás de Aquino. Así, alabando a los que en los últimos tiempos habían procurado restaurar la filosofía tomista, y manifestando los buenos frutos que de tal restauración cabe esperar no sólo para los jóvenes, sino para el conjunto de la sociedad y para las mismas ciencias naturales, termina León XIII exhortando a todos los obispos a renovar y propagar la sabiduría de santo Tomás, con estas palabras: «Nos, (...), con grave empeño exhortamos a que, para defensa y gloria de la fe católica, bien de la sociedad e incremento de todas las ciencias, renovéis y propaguéis

latísimamente la áurea sabiduría de santo Tomás.» Con esto, finalmente, los alienta a fundar academias, a elegir bien a los profesores, y a procurar que se beba en las mismas fuentes del Doctor Angélico, rogando siempre a Dios por su divino auxilio, bajo el patrocinio de la Virgen María y contando con la intercesión de san José y de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

León XIII no se limitó a publicar la encíclica. Ya el mes siguiente, en octubre de 1879, creó la **Academia de Santo Tomás de Aquino en el Angelicum** (centro de estudios de los dominicos en Roma), y **ordenó la publicación de una edición crítica de las obras completas del Aquinate**. Esta edición, que ha venido a ser la obra de referencia para las citas de los escritos del santo doctor, recibió el nombre de «Leonina» y lleva en la actualidad publicados 38 tomos. Se encarga de ella una comisión fundada también por el mismo pontífice, llamada asimismo «Comisión leonina», que tiene actualmente su sede en París.

Frutos de la «Aeterni Patris»

Como decíamos al principio, la llamada del Papa fue escuchada en todo el orbe católico, pues por doquier los estudiosos se aplicaron al estudio serio y profundo de las doctrinas del Aquinate. Se fundaron revistas, centros de estudio, asociaciones tomistas; se celebraron simposios y congresos, se abrieron debates y se publicaron numerosos estudios, unos históricos, otros más doctrinales, aportando todos materiales valiosos para el conocimiento de la verdad. No es posible aquí hacer ni siquiera un resumen de lo más eminente del renacer tomista, que se ha llamado «el neotomismo», y que se extiende del siglo XIX hasta nuestros días. Nos limitaremos, para terminar, a reseñar que uno de los debates que enfrentaron a los pensadores católicos a raíz de la recomendación leonina del estudio y la enseñanza de las doctrinas filosóficas de santo Tomás fue precisamente sobre el sentido y el alcance de dicha recomendación, en sus diversos aspectos. Sobre esta cuestión, el lector interesado puede acudir a la alocución de san Juan Pablo II en la celebración del centenario de la encíclica *Aeterni Patris*, más arriba ya citada, de la que Francisco Canals decía que contenía «lo que podríamos llamar una prueba filosófica y racional de los motivos de la preferencia del magisterio eclesiástico hacia el pensamiento del Angélico.» (*Cristiandad*, enero-febrero de 1980, p. 2). León XIII, movido sin duda por el Espíritu Santo, no hizo sino explicitar y poner a plena luz el pensamiento y la voluntad de la Iglesia sobre el quehacer de la filosofía.

Importancia de la devoción a san José

Hemos visto la devoción a San José, que en el pasado han desarrollado y gradualmente incrementado los romanos pontífices, crecer a mayores proporciones en nuestro tiempo, particularmente después que Pío IX, de feliz memoria, nuestro predecesor, proclamase, dando su consentimiento al pedido de un gran número de obispos, a este santo patriarca como el patrono de la Iglesia Católica. Y puesto que, más aún, es de gran importancia que la devoción a San José se introduzca en las diarias prácticas de piedad de los católicos, Nos deseamos exhortar a ello al pueblo cristiano por medio de nuestras palabras y nuestra autoridad.

Las razones por las que el bienaventurado José debe ser considerado especial patrono de la Iglesia, y por las que a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nacen principalmente del hecho de que él es el esposo de María y padre putativo de Jesús. De estas fuentes ha manado su dignidad, su santidad, su gloria.

León XIII, *Quamquam Pluries* (1889)



La «Rerum novarum», mucho más que una encíclica social

Jorge Soley Climent

La Rerum novarum es un magnífico ejemplo de reacción sana y vigorosa, propia de un ente vivo, tal y como recordaba Chesterton, que se niega a ser arrastrado por la corriente de las ideas dominantes, vanas y portadoras de muerte.

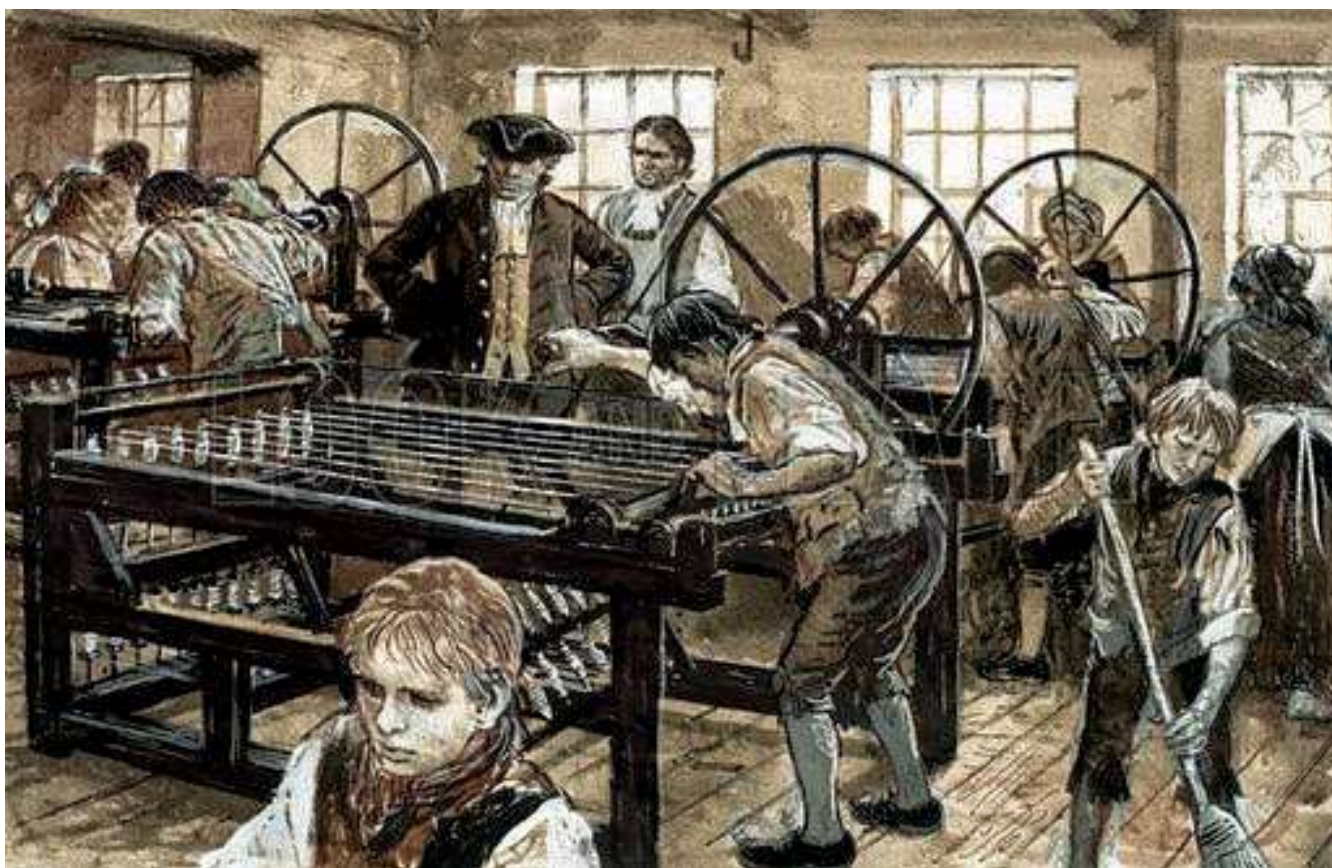
Una encíclica muy citada y poco leída

AUNQUE León XIII legó a la Iglesia un abundante cuerpo doctrinal, quizás la más citada de todas sus encíclicas sea la *Rerum novarum*. Sin embargo, para quien se haya tomado la molestia de leerla, salta a la vista que es probablemente una de las menos leídas. En efecto, parece obligado citarla cada vez que se habla de doctrina social de la Iglesia, si bien esos comentarios se suelen limitar a una referencia a la protección de los obreros o a la denuncia de los horarios inhumanos, cuestiones ambas que aparecen en la encíclica, sin tomarse la molestia de prestar atención al desarrollo completo de la encíclica. Es como si se quisiera resumir el Evangelio con la idea de que los hombres somos hermanos, dejando de lado el fundamento de esa fraternidad.

De este modo, se presenta una caricatura simplista de la *Rerum novarum* que deja de lado toda su enorme riqueza.

«Rerum novarum» es armónica con el resto de encíclicas de León XIII

Una vez consideradas las limitaciones de este tipo de lecturas alicortadas de la *Rerum novarum*, un segundo paso consiste en comprender que no estamos ante una encíclica aislada, desgajada del resto del Magisterio, especialmente del de León XIII. Muchas confusiones se evitarían si se comprendiera que el Papa de la defensa de los obreros es también el Papa de la condena de la masonería y del liberalismo, y que no sólo no hay contradicción entre estos aspectos de su magisterio, sino que todo su magisterio se articula armónicamente.



Es el propio León XIII quien, explícitamente, insiste en presentar la *Rerum novarum* en la estela de sus anteriores encíclicas cuando afirma que quiere «hacer, respecto de la situación de los obreros, lo que hemos acostumbrado, dirigiéndoos cartas sobre el poder político, sobre la libertad humana, sobre la cristiana constitución de los estados y otras parecidas, que estimamos oportunas para refutar los sofismas de algunas opiniones». Se trata, pues, de una pieza más dentro del gran plan pontificio de oponer la verdad católica a las falacias revolucionarias que el Papa ve cómo se difunden y confunden a muchas mentes.

En efecto, León XIII quiere aportar luz para evitar que «el prurito revolucionario que desde hace ya tiempo agita a los pueblos, [con su] afán de cambiarlo todo» seduzca a más inteligencias cristianas. En este sentido, si se puede hablar de una encíclica programáticamente contrarrevolucionaria y reactiva,

la *Rerum novarum* es un magnífico ejemplo de reacción sana y vigorosa, propia de un ente vivo, tal y como recordaba Chesterton, que se niega a ser arrastrado por la corriente de las ideas dominantes, vanas y portadoras de muerte.

Contrarrevolucionaria pero no utópica, en tanto que guiada por la prudencia

Otro de los rasgos que definen la *Rerum novarum* es su **realismo** y, en consecuencia, su prudencia, a la hora de abordar temas realmente complejos (la encíclica reconoce que «es difícil realmente determinar los derechos y deberes» y que «es discusión peligrosa»). Pero cuando hablamos de prudencia aquí nos referimos a la virtud en toda su extensión, no a lo que mucha gente entiende hoy por prudencia, esto es, una actitud temerosa y pacata, y en consecuencia, la prudencia de León XIII le lleva, en determinadas

ocasiones, a hablar alto y claro, denunciando mentiras y señalando el camino para una armonía social

Muchas confusiones se evitarían si se comprendiera que el Papa de la defensa de los obreros es también el Papa de la condena de la masonería y del liberalismo, y que no sólo no hay contradicción entre estos aspectos de su magisterio, sino que todo su magisterio se articula armónicamente.

que «provea de la manera oportuna al bien de las gentes de condición humilde». Por eso la denuncia de la oligarquía capitalista que acumula poder y riquezas (las más de las veces por medios más bien oscuros) imponiendo poco menos que el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios, es

también consecuencia de esa prudencia que afirma que la situación en que se debaten los trabajadores de su tiempo es insoportable.

Demolición de la pretensión socialista y defensa de la propiedad

Quienes esperan encontrar en la *Rerum novarum* una vía hacia el socialismo cristiano no pueden llevarse mayor chasco. Como si el mismo Papa previera que algunos, intentando utilizar sus críticas a la explotación de los obreros, iban a pretender realizar esa lectura, titula el primer gran bloque tras la introducción como «*Crítica de la solución socialista*», una solución que la propaganda presenta como una igualdad que instauraría el paraíso en la tierra, pero que en realidad «no sería ciertamente otra cosa que una general situación, por igual miserable y abyecta, de todos los hombres sin excepción alguna». La crítica del socialismo que encontramos en la *Rerum novarum* es de verdadero calado y su fundamentación, solidísima, debiera haber zanjado la discusión de haber existido lectores atentos y honestos.

León XIII se centra en la clave de toda propuesta socialista: la abolición de la propiedad privada, que tacha de injusticia: «proponen un remedio en pugna abierta contra la justicia». Y esto porque, como después argumentará, «poseer algo en privado como propio es un derecho dado al hombre por la naturaleza»; se trata, pues, de un derecho natural que nadie puede alterar sin violencia e injusticia. Esta condición de derecho natural que posee la propiedad privada se percibe de modo especialmente claro en el derecho a poseer tierra propia, algo que procede de la naturaleza del hombre que «abarcando con su razón cosas innu-

merables, enlazando y relacionando las cosas futuras con las presentes y siendo dueño de sus actos, [...]; por lo cual tiene en su mano elegir las cosas que estime más convenientes para su bienestar, no sólo en cuanto al presente, sino también para el futuro. De donde se sigue la necesidad de que se halle en el hombre el dominio no sólo de los frutos terrenales, sino también el de la tierra misma».

Y sigue León XIII: «Por tanto, la naturaleza tiene que haber dotado al hombre de algo estable y perpetuamente duradero, de que pueda esperar la continuidad del socorro. Ahora bien: esta continuidad no puede garantizarla más que la tierra con su fertilidad». Una propiedad de la tierra que irá indisolublemente ligada no a un individuo, sino a una familia que perdura en el tiempo y cuyos ecos resuenan en diferentes propuestas, como en la de Chesterton, gran admirador de la *Rerum novarum*, que cifraba la garantía de una vida digna en «tres acres y una vaca».

El hombre antes que el Estado

Al desarrollar los fundamentos naturales de la propiedad privada, León XIII va a sostener una idea repleta de consecuencias: el hombre es anterior a la república «y consiguientemente debió tener por naturaleza, antes de que se constituyera comunidad política alguna, el derecho de velar por su vida y por su cuerpo». Esta idea tendrá, por ejemplo, consecuencias cruciales en el ámbito de la familia. Así, en unas palabras que resultan proféticas, el Papa afirma que «no hay ley humana que pueda quitar al hombre el derecho natural y primario de casarse, ni limitar, de cualquier modo que sea, la finalidad principal del matrimonio», pues «la familia o sociedad doméstica, bien

pequeña, es cierto, pero verdadera sociedad y más antigua que cualquiera otra, la cual es de absoluta necesidad que tenga unos derechos y unos deberes propios, totalmente independientes de la potestad civil». La familia tendrá derecho, en buena lógica, a «elegir y aplicar los medios necesarios en orden a su incolumidad y justa libertad». Tras afirmar que «es tal la patria potestad, que no puede ser ni extinguida ni absorbida por el poder público», continúa la encíclica recordando que «querer, por consiguiente, que la potestad civil penetre a su arbitrio hasta la intimidad de los hogares es un error grave y pernicioso», advertencia que resulta necesario, ahora incluso más que en 1891, recordar a tiempo y destiempo.

Resulta difícil encontrar una afirmación de mayor actualidad, acierto y penetración que la conclusión a la que llega León XIII: «De ahí que cuando los socialistas, pretiriendo en absoluto la providencia de los padres, hacen intervenir a los poderes públicos, obran contra la justicia natural y destruyen la organización familiar».

Primacía de lo sobrenatural

El segundo bloque de la encíclica lo dedica el Papa a abordar dónde debe buscarse remedio a los males sociales que ya no se pueden ignorar por más tiempo. El primer aspecto de cualquier solución, sin el cual todo intento es vano, es que el remedio debe de ser religioso, y aun más, católico, pues «se trata de un problema cuya solución aceptable sería verdaderamente nula si no se busca bajo los auspicios de la religión y de la Iglesia». Aquí, como en todo, la primacía debe ser de lo sobrenatural.

Seguirá León XIII en la senda de su prudente realismo advirtiendo:

–Que nada bueno puede salir de un igualitarismo antinatural, al contrario, «debe ser respetada la condición humana, [pues] no se puede igualar en la sociedad civil lo alto con lo bajo».

–Que la lucha de clases es falsa: «suponer que una clase social sea espontáneamente enemiga de la otra, como si la naturaleza hubiera dispuesto a los ricos y a los pobres para combatirse mutuamente en un perpetuo duelo es ajeno a la razón y a la verdad».

–Que las utopías son una estafa: «Si algunos prometen a las clases humildes una vida exenta de dolor y de calamidades, llena de constantes placeres, éstos engañan indudablemente al pueblo y cometen un fraude que tarde o temprano acabará produciendo males mayores que los presentes».

La solución se llama caridad cristiana

Sobre la cuestión de la relación entre patronos y obreros la *Rerum novarum*, como no podía ser de otro modo, exige justicia a los patronos, que en ningún caso deben defraudar a los trabajadores. Pero va más allá, distinguiendo entre la posesión de las cosas, que es lícita, y la consideración de las mismas como comunes, esto es, como bienes que deben compartirse con otros que puedan necesitarlas. Reconoce el Papa que no estamos hablando aquí de ley o justicia: «No son éstos, sin embargo, deberes de justicia, salvo en los casos de necesidad extrema, sino de caridad cristiana, la cual, ciertamente, no hay derecho de exigirla por la ley».

Pero cuidado, no es que al dejar el ámbito de lo exigible legalmente hayamos pasado al campo de las buenas intenciones, brindis al sol sin conse-

cuencias prácticas. Hemos pasado al campo de la caridad cristiana, el campo trascendental y definitivo donde cada uno se juega, ni más ni menos, que su salvación eterna. Así que no se trata de rebajar la exigencia, sino más bien de elevarla a un ámbito de suyo más decisivo, sin caer en la falsa solución de quienes quieren imponer la caridad por ley. Este intento, que desde el Gran Inquisidor de Dostoievski hasta ciertos desarrollos del Estado del bienestar sobrevuela el mundo moderno, puede tener apariencia de bien y justificarse con las mejores intenciones, pero ese bien que viola la libertad y anula la caridad, por mucho que pueda relucir externamente, corroe el interior de los hombres.

Recuperar la Cristiandad

Lo que León XIII propone es seguir los preceptos divinos como único medio de superar unos problemas cuyo origen está en el desorden y el pecado, y que, en consecuencia, sólo pueden ser sanados mediante el amor fraterno que es el fruto de la obediencia a Dios. Es por ello que la única capacitada para resolver los problemas, también los sociales, es la Iglesia, pues es ella la única a la que Dios ha dado los instrumentos para la conversión de los corazones, única solución duradera al panorama al que nos enfrentamos. Añade aquí León XIII con una consideración histórica relevante y de marcado carácter contrarrevolucionario, enlazando así con las primeras consideraciones de la encíclica: los hombres no vivimos en un escenario de *tabula rasa*, sino que tenemos un pasado muy real, la Cristiandad, cuyas consecuencias aún pesan en el mundo: «habiendo conocido el orbe entero el gran misterio de la encarnación del Verbo y de la redención de los hombres, la vida

de Jesucristo, Dios y hombre, penetró todas las naciones y las imbuyó a todas en su fe, en sus preceptos y en sus leyes». Y sigue el Papa con un precioso párrafo en el que despliega la necesidad de volver a esa Cristiandad con una belleza y al mismo tiempo un rigor lógico insuperables: «Por lo cual, si hay que curar a la sociedad humana, sólo podrá curarla el retorno a la vida y a las costumbres cristianas, ya que, cuando se trata de restaurar las sociedades decadentes, hay que hacerlas volver a sus principios. Porque la perfección de toda sociedad está en buscar y conseguir aquello para lo que fue instituida, de modo que sea causa de los movimientos y actos sociales la misma causa que originó la sociedad. Por lo cual, apartarse de lo instituido es corrupción, tornar a ello es curación».

El papel del Estado en León XIII

León XIII no lo deja todo al albur de la buena voluntad de los individuos, sino que reconoce el papel del Estado en la búsqueda de una solución a los problemas sociales y económicos. Pero atención, no de cualquier estado (el Papa sabe que ciertos estados son más bien bomberos pirómanos), sino «el que pide la recta razón de conformidad con la naturaleza, por un lado, y aprueban, por otro, las enseñanzas de la sabiduría divina, que Nos mismo hemos expuesto concretamente en la encíclica sobre la constitución cristiana de las naciones», la *Immortale Dei*, confirmando explícitamente el Papa que la *Rerum novarum* no puede leerse desgajada del conjunto del magisterio pontificio.

Ese Estado al que León XIII reconoce como actor político, económico y social tiene los siguientes rasgos:

–reconoce el origen divino del

poder, y por tanto «vela con solicitud paternal no menos de los individuos que de la totalidad de las cosas».

–defiende a todas las clases, pero, en aplicación del justo criterio de equidad, «prodiga sus cuidados al proletario para que éste reciba algo de lo que aporta al bien común [...] cuidado que dista mucho de perjudicar a nadie, antes bien aprovechará a todos». Es por ello que «se habrá de mirar principalmente por los débiles y los pobres».

–respeta la libertad y deja a cada uno «la facultad de obrar con libertad hasta donde sea posible, sin daño del bien común y sin injuria de nadie». Por ello mismo, sus «leyes no deberán abarcar ni ir más allá de lo que requieren el remedio de los males o la evitación del peligro».

–defiende la propiedad privada, y en consecuencia «debe asegurar las posesiones privadas con el imperio y fuerza de las leyes. Y principalísimamente deberá mantenerse a la plebe dentro de los límites del deber [...] Intervenga, por tanto, la autoridad del Estado y, frenando a los agitadores, aleje la corrupción de las costumbres de los obreros y el peligro de las rapiñas de los legítimos dueños». Por cierto, León XIII señala que «la propia razón del bien común no autoriza a quitar a otro lo que es suyo o, bajo capa de una pretendida

igualdad, caer sobre las fortunas ajenas», algo que parece ha caído en el olvido en nuestros tiempos de expolio fiscal generalizado.

–tutela con su protección «los bienes del alma, puesto que la vida mortal, aunque buena y deseable, no es, con todo, el fin último para el que hemos sido creados, sino tan sólo el camino y el instrumento para perfeccionar la vida del alma con el conocimiento de la verdad y el amor del bien».

Algunas aplicaciones prácticas

Acaba la *Rerum novarum* con una serie de indicaciones orientadas a conseguir unas condiciones de trabajo dignas para los obreros: «se ha de mirar que la jornada diaria no se prolongue más horas de las que permitan las fuerzas», «lo que puede hacer y soportar un hombre adulto y robusto no se le puede exigir a una mujer o a un niño», y «en cuanto a los niños, se ha de evitar cuidadosamente y sobre todo que entren en talleres antes de que la edad haya dado el suficiente desarrollo a su cuerpo, a su inteligencia y a su alma». De las dos notas propias del trabajo, que es personal y necesario, León XIII extrae la consecuencia de que «el salario no debe ser en manera alguna insuficiente para alimentar a un obrero

frugal y morigerado». Y más adelante insiste en que las leyes deben favorecer que los obreros accedan a tener propiedades, idealmente tierras, advirtiendo que los enemigos de esta extensión no se reducen al socialismo, sino que incluye al Estado cuando quiere «absorber la propiedad privada por la dureza de los tributos e impuestos». Por último insiste en el derecho de asociación y en la creación de sociedades privadas, «derecho concedido al hombre por la ley natural», con una advertencia contra los abusos de la autoridad pública, que mantiene plenamente su vigencia: «las leyes han de ser obedecidas sólo en cuanto estén conformes con la recta razón y con la ley eterna de Dios». Cuestiones éstas, pues, de enorme importancia, que no son meras opiniones más o menos bienintencionadas pero sin mayor fuerza que la que cada uno quisiera otorgarle, sino que se fundamentan en las sólidas bases que el Papa ha establecido con anterioridad y a las que tan poca atención se suele prestar. Quiera Dios que la renovada atención al magisterio de León XIII que ha generado la llegada al trono de Pedro de un nuevo León sea motivo de relectura de la *Rerum novarum* en toda su integridad junto a una renovada atención al conjunto del clarividente magisterio leonino.

«En Él hay que colocar nuestra confianza»

Cuando la Iglesia estaba oprimida por el yugo de los césares, en sus tiempos primitivos, una cruz se manifestó en lo alto al joven emperador como auspicio y causa de la victoria que luego alcanzó. He aquí que hoy se ofrece a nuestros ojos otro signo faustísimo y dignísimo: el sacratísimo Corazón de Jesús, con la cruz sobrepuesta, resplandeciendo entre llamas con muy brillante fulgor. En Él hay que colocar nuestra confianza; a Él deben pedir, y de Él deben esperar la salvación de los hombres, su salud.

León XIII, *Annum Sacrum* (1899)

Peregrinación de Schola Cordis Iesu a Paray-le-Monial

Guillermo Elizalde Monroset

Del 3 al 6 de agosto más de 700 personas –familias, jóvenes y niños– se reunieron en Paray-le-Monial en unas gozosas jornadas de oración, formación y convivencia para conmemorar el centenario de Schola Cordis Iesu.

PRIMER domingo de agosto. Peregrinos de todas las scholas van llegando a Paray-le-Monial para celebrar el centenario de *Schola Cordis Iesu* y los 350 años de las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita María en el convento de la Visitación del pueblo. El punto de encuentro está en el parque, a la orilla sur del río Bourbince que cruza diagonalmente Paray. Los recién llegados se saludan y comentan el viaje, para algunos de más de 1.200 km en coche. Barcelona, Pamplona, San Sebastián, Bilbao, Madrid, Toledo, Chile, Londres... Se nota la alegría de los que hace años que no se ven. Los niños corretean por el parque, ajenos al calor de la tarde, mientras los mayores reciben las acreditaciones y las indicaciones del programa. Los sacerdotes de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón que han podido también se han unido a la peregrinación junto con

otros sacerdotes unidos al carisma de Schola Cordis Iesu.

En Paray no están solo los de Schola. Franceses de todas las edades caminan por el parque hacia el este, donde se levantan enormes carpas blancas. Sorprende ver tantas familias, jóvenes y niños. Participan en el encuentro veraniego de la Comunidad del Emmanuel. En 1873 empezaron las peregrinaciones a Paray-le-Monial gracias al ferrocarril, pero un siglo más tarde el fervor pareció desvanecerse. Para celebrar los 300 años de las apariciones, en 1975 el rector invitó al santuario a todos los obispos de Francia; no acudió ninguno. Sí apareció inesperadamente un grupo de católicos para festejar la reunión nacional de la Renovación Carismática, embrión de la Comunidad del Emmanuel. Desde entonces la Comunidad celebra sus encuentros anuales en Paray. En las publicaciones eclesíásticas de los años 80, Paray no figuraba entre los



Peregrinos de Schola Cordi Iesu en Paray-le-Monial, agosto de 2025

100 santuarios más importantes de Francia; hoy hay pocos que atraigan a las 20.000 personas de toda condición que llegan cada verano para vivir más intensamente su fe cristiana junto al Sagrado Corazón.

Los peregrinos de Schola se unen a los miembros del Emmanuel para cenar, en el comedor que han organizado éstos bajo una de las carpas. Algunos echan una mano a los voluntarios que atienden el reparto de comida y la limpieza. A las 21:00 el padre Ignacio Manresa celebra la misa de bienvenida en la basílica del Sagrado Corazón, que san Juan Pablo II encomendó a la Comunidad del Emmanuel con motivo de su visita a Paray en 1986.

El lunes por la mañana numerosos peregrinos de Schola se juntan para rezar laudes en el parque de los Capellanes, un fresco y amplio jardín detrás de la basílica, donde se levanta una bóveda con altar y varios bancos al aire libre. Poco después, frente a la iglesia, se organizan grupos para visitar ágilmente los lugares emblemáticos de Paray-le-Monial, bajo la guía de compañeros muy bien formados para la ocasión.

La primera parada es en la basílica románica que ya conocemos, levantada en el siglo XII sobre un monasterio del siglo X, a imagen reducida de la abadía de Cluny. Es uno de los mejores ejemplares conservados del arte cluniacense en Borgoña, y preside el pueblo desde sus dos torres macizas en los flancos de la fachada y la torre cimborrio en el crucero. Los más entendidos destacan el deambulatorio con sus tres capillas radiales.

Todo en el centro de Paray está cerca, y es muy agradable llegar paseando por las limpias calles peatonales a la pequeña capilla de san Claudio la Colombière, de inspiración bizantina. Impresiona el ábside de mosaico que dibuja una majestuosa imagen del Sagrado Corazón sentado en un trono de llamas; a su derecha, la Virgen María muestra el Corazón de su Hijo a un grupo de visitandinas encabezadas por Margarita María. A su izquierda, detrás de san Francisco de Sales, san Claudio –cuyo sepulcro yacente puede venerarse en un lateral de la nave– se acerca al trono acompañado de seis jesuitas apóstoles del Corazón de Je-

sús, entre los que se identifica a los padres Croiset (corresponsal de Margarita María), Gallifet (defensor de la causa en Roma), Ramière y Bernardo de Hoyos. En la base del mural, sobre teselas doradas, se proclama el «encargo suavísimo» a la Compañía de Jesús de «hacer ver y conocer la utilidad y el valor» de la devoción al Sagrado Corazón. Los peregrinos rezan el acto de confianza de san Claudio, que está disponible para los visitantes en varios idiomas en estampas y hojas plastificadas.

Prosigue el recorrido en la capilla de las Apariciones, aneja al convento de la Visitación. Es una iglesia pequeña, levantada una decena de escalones sobre la calzada, donde tuvieron lugar las principales apariciones del Sagrado Corazón a santa Margarita María. Un mármol en la fachada recuerda que «fue aquí donde Nuestro Señor le dijo esta gran palabra: “He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres”. La capilla tiene las puertas abiertas y los transeúntes pueden ver al Santísimo, que estos días es permanentemente adorado sobre el altar por numerosos peregrinos. No se cabe en la iglesia. De-



trás de la custodia, en el ábside, un luminoso fresco muestra a Margarita María conversando con el Sagrado Corazón crucificado. En el lado derecho de la nave, próximo al presbiterio, se venera el cuerpo yacente de la santa; «Yo te constituyo heredera de mi Corazón», se lee en el arco que cobija el espacioso nicho. En el mármol del catafalco están grabadas las frases «Quiero que me sirvas de instrumento para atraer corazones a mi amor. Nada temas, reinaré pese a mis enemigos. Si crees, verás la potencia de mi Corazón».

Los grupos de Schola visitan también la capilla de San Juan, a unas decenas de metros del ábside de la basílica. Está dedicada a la adoración diaria desde su inauguración el día de san Juan Evangelista de 1996, siguiendo el mensaje de Cristo a Margarita María: «Tengo sed, una sed tan ardiente de ser amado por los hombres en el Santo Sacramento, que esta sed me consume».

No hay mucho tiempo para disfrutar de los lugares mencionados, porque a las 11.30 se reúnen los quinientos peregrinos de Schola en la basílica para asistir a la santa misa presidida por el rector, el padre Étienne Kern. Después pasean de nuevo hacia el parque y hacen cola bajo el sol para acceder al sencillo comedor de campaña. Hay más carpas en los jardines: las mayores están dedicadas a los actos de culto

carismático; pero también cobijan un bar, y una gran librería, siempre llena de visitantes, con espacio para que decenas de niños puedan leer tebeos católicos mientras sus padres hojean libros espirituales y charlan con sus autores.

Después de comer, los pequeños de Schola reciben catequesis en el Centro de Peregrinación, mientras los adultos asisten en el mismo lugar a la conferencia del padre Kern, que en un claro español recuerda que es el rector de «un santuario para las familias, lugar de experiencia espiritual transformadora». Tras la proyección de un reportaje sobre la historia de las apariciones, el padre Kern anima a redescubrir en Paray la gracia de la Eucaristía y la confesión, consecuencia de experimentar tres gracias especiales junto al Sagrado Corazón: «Reposo, misericordia y fuego de amor». La conferencia termina en un animado coloquio con los asistentes.

Tiempo libre tras la charla. Algunos peregrinos de Schola se van a descansar, otros regresan al parque, donde el Santísimo permanece expuesto todo el día bajo un sencillo toldo, y se unen en adoración silenciosa a los miembros de la Comunidad del Emmanuel. Numerosos sacerdotes –también algunos de la Hermandad– confiesan en el prado adyacente a penitentes de todas las edades.

Al final de la tarde llegan a Paray-le-Monial cuatro autobuses con los doscientos jóvenes de Schola que han recorrido Francia durante diez días. Saludan a sus familias y muchos se unen a la adoración de campaña. Sigue la cena en el comedor habitual y a las 21.00 se reza el rosario tras la cúpula del parque de los Capellanes, bajo la sombría alameda de plátanos, tilos y cipreses, a los pies de un calvario desde donde cinco familias dirigen por turno los misterios.

El tercer y último día en Paray empieza también con laudes al aire libre, junto a la cúpula del parque de los Capellanes. Cielo azul y claro, otro día caluroso. Inmediatamente después llega la misa solemne del centenario en la cercana basílica, donde ya no se cabe, presidida por mosén Xavier Prevosti y concelebrada por varios sacerdotes de la Hermandad. El presidente nacional, José María Alsina Roca, renueva la consagración de *Schola Cordis Iesu* al Sagrado Corazón junto con todos los asistentes, mientras los niños corretean por las naves.

Tras la misa, encuentro en la moderna sala de actos del Centro de Peregrinación. José María Alsina recuerda la vocación apostólica de *Schola Cordis Iesu*: «venimos de cuatro gatos, pero el sueño del padre Orlandis se va cumpliendo (...) nuestra vocación es ser escuela de apóstoles del Corazón de Jesús, comunicar al mundo que Dios nos ama con todo su Corazón, y que aceptar su amor no es para el hombre una humillación, sino su salvación». Mediante las apariciones del Sagrado Corazón en Paray y las dificultades de sus primeros apóstoles, el profesor Alsina repasa el carisma de Schola: la humildad, el ofrecimiento de obras, el amor de Dios como remedio a la rebelión del hombre contra su mi-

sericordia, la adoración eucarística, el apostolado, el servicio a la Iglesia, la caridad, la esperanza en el triunfo de Cristo en la historia.

Los peregrinos se mezclan de nuevo con las familias de la Comunidad del Emmanuel para almorzar, y regresan después al Centro de Peregrinación para asistir a la conmemoración del centenario de Schola con todas sus secciones. Gustó mucho la representación teatral donde los santos que inspiran el carisma de Schola –Teresita del Niño Jesús, Margarita María, Claudio, Tomás de Aquino– interactúan con miembros históricos del Apostolado de la Oración, como Enrique Ramière y el padre Orlandis. Una divertida tertulia celestial entre Francisco Canals, José María Petit y Antonio Pérez-Mosso, con voces recreadas con inteligencia artificial, admira al público que llena el auditorio. Algunos miembros de Schola testimonian los bienes recibidos en la asociación, y la sesión finaliza con la proyección de un vídeo conme-

morativo y el himno del centenario, interpretado por el coro de Schola Cordis Iesu.

A media tarde la basílica acoge una Hora Santa, donde un centenar de miembros de Schola se une formalmente a la Guardia de Honor del Corazón de Jesús, para ofrecer una hora diaria de adoración espiritual en reparación y comunión con el Señor. Después de la cena, los peregrinos rezan el rosario en el parque de los Capellanes y llega la hora de la despedida. Muchos pasan esa noche por la capilla de las Apariciones para agradecer al Sagrado Corazón estos días de gozo y gracia.

El miércoles 6 de agosto finaliza la peregrinación con la visita al santuario de Ars, a unos cien kilómetros de Paray-le-Monial. Hay tiempo para visitar rápidamente la rectoría del santuario, que conserva como eran las pobres estancias donde vivió durante 41 años san Juan María Vianney. El cuerpo intacto del santo descansa sobre el altar lateral de la basílica, a la que este año se puede acceder por

la disimulada puerta jubilar que hizo abrir el Cura de Ars para que los más necesitados llegaran discretamente y sin demora al sacramento de la pe-

Gustó mucho la representación teatral donde los santos que inspiran el carisma de Schola –Teresita del Niño Jesús, Margarita María, Claudio, Tomás de Aquino– interactúan con miembros históricos del Apostolado de la Oración, como Enrique Ramière y el padre Orlandis.

nitencia. La misa de clausura se celebra bajo la basílica, en la espaciosa iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia, una advocación que sintetiza providencialmente el significado de la peregrinación que ya acaba: el amor que tiene Nuestro Señor por los pecadores y el deseo ardiente de ser correspondido.

El Corazón de Jesús, signo de esperanza para el mundo

La devoción al Corazón de Jesús, por ser el culto a Cristo que nos ama y que nos envía el Espíritu Santo desde su Corazón de carne, de hombre que murió por nosotros y que vive para interceder por nosotros resucitado, esta devoción al Corazón de Jesús, abarca toda la historia y abarca todo el cosmos y abarca toda la humanidad y tiende a lo que se anuncia por san Juan en el Apocalipsis: «los reinos de este mundo se han convertido en, han pasado a ser Reino de Dios y de Cristo». «Este mundo en el cual», dice san Juan, «no hay otra cosa que concupiscencia de la carne y concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida», como que es el mundo que Cristo ha venido, no a condenar sino para salvarlo; este mundo que no puede dar la paz, sino este mundo al que Cristo quiere traer la paz. Este mundo compuesto de pecadores, pero que Cristo ha venido a salvar, a curar a los enfermos y no a los sanos, que no necesitarían médico. Este mundo para el cual, por tanto, el Corazón de Jesús es signo de esperanza de todo bien.

Francisco Canals, *Cristiandad* 728 (enero de 1992).

En el primer milenio de la comunidad benedictina de Montserrat

Francesc M^a Manresa i Lamarca

« *Amb vostre nom comença nostra història, i és Montserrat el nostre Sinai*» (del *Virolai*, de Mn. J. Verdaguer)

Hace mil años...

EL gran historiador de Montserrat, el que fue monje y después cardenal, D. Anselm M. Albareda, publicó el año «jubilar» de 1931 dos libros de referencia que permitirían profundizar mucho más y mejor en la historia de la montaña santa: una fue la *Història de Montserrat*¹ y la otra *L'abat Oliba*, fundador de Montserrat.

Entre los descubrimientos hechos por Albareda se encontraba la datación más aproximada de la erección del monasterio. Esta fecha debía ser un término medio entre las fechas de dos documentos de los que el historiador daba noticia: uno de 1023 donde los Condes de Barcelona daban la razón al Abad Oliba en el pleito que el gran abad de Ripoll y obispo de

¹ Albareda, D. Anselm M. *Historia de Montserrat*. Para este artículo hemos recurrido tanto a la edición catalana de 1931 como a la edición revisada de 1974 en castellano.



Vic había interpuesto para recuperar las posesiones que el monasterio de Ripoll tenía en Montserrat –que contemplaba las ermitas de Sant Pere, San Martí, Sant Iscle y Santa Maria– y otro de 1027 donde se hacía la donación de una viña en el municipio de Esparreguera *ad Domum Sanctae Mariae Cenobii, qui est sita in Monte Serrat*. Habida cuenta de ambos documentos, se muestra evidente que entre los dos documentos se encuentra el hecho incuestionable de la fundación de un cenobio en la ermita de Santa María, tanto más cuando consta en 1025 la donación de unas tierras a fin de que los habitantes de la casa de Santa María de Montserrat las posean como propias.

Así pues, con graves razones y suficiente acierto, podemos celebrar este año el milenario de la fundación del cenobio benedictino de Montserrat, dependiente de Ripoll, que privilegió la ermita de Santa María erigida en el lugar donde la Virgen milagrosamente designó, gracias al empuje y la voluntad decidida del **gran abad de Ripoll y obispo de Vic, Oliba**, auténtico patriarca de Cataluña.

«Pugem, fills de Maria, pugem a Montserrat, mil anys ha que hi sortia lo Sol del Principat»²

Desde los primeros tiempos, la atracción inigualable y los favores que ofrecía la imagen milagrosa de santa María hicieron de Montserrat un lugar de peregrinaje fervorosísimo. Con el establecimiento del cenobio benedictino y la construcción de diferentes monasterios, basílicas y edificios, que por las necesidades y las vicisitudes de la historia se tuvie-

ron que construir y reconstruir, todo este peregrinaje se volvió masivo. Del siglo XII nos han llegado documentos que hablan ya de la *multitudo populi* o, como se dice en otro, del *concurus extraordinari; de la gentada innombrable que de tot arreu convergia a Montserrat*.

Todo en Montserrat estaba dispuesto para el culto a Santa María. Los monjes, entregados al loor y el servicio de la Madre santa, ofrecían hospitalidad a todos los peregrinos que llegaban, una hospitalidad digna de la más elevada caridad cristiana.

El peregrinar a Montserrat era a menudo un peregrinar penitente. El solo hecho de subir a un lugar orográficamente tan complicado, ya lo era de por sí; pero las crónicas que hemos recibido a lo largo de los siglos nos dejan prendados ante tanta piedad. Un predicador en el siglo XIV hablaba de *molts e moltes qui vénen descalces e alguns de jonollons ab llurs presentalles al coll*³; o en el siglo XVI otro daba testimonio diciendo: la manera como vienen es admirable y su ejemplo y devoción ha convertido y vuelto a Dios pechos muy duros y almas rebeldes, viendo penitencias tan ásperas en cuerpos tan tiernos. Y multitud de muestras parecidas podemos encontrar a lo largo de todos los siglos.

No en vano, Gregorio XIII escribía en un breve de 1627: «Nos sabemos que en la iglesia del monasterio de la beatísima y gloriosísima Virgen María de Montserrat existe una devotísima imagen por intercesión de la cual el Altísimo se digna conceder a menudo innumerables milagros. A esa iglesia afluye de diversas partes del mundo cristiano, un número extraordinario de fieles con sincero afecto de devoción».

La luz de Montserrat

El peregrinaje de romeros de todo tipo, individualmente o en grupo, consta a lo largo de los mil años, fuera de algún breve tiempo de guerra o persecución, como los vividos a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, desde la invasión y destrucción napoleónica hasta su restauración definitiva, o el período nefasto de nuestra guerra civil. No faltaron tampoco nobles, autoridades ni reyes; fue lugar predilecto de los reyes de Aragón –a cuyos reyes y reinas gustaba *anar a vetllar* a santa María, pasando la noche en oración–, lo fue también de los Austrias –no en vano, Carlos I lo visitó hasta nueve veces–... Fueron peregrinos también hombres y mujeres de un espíritu de fe y devoción excelente, como el **abad Oliba** o el obispo **Torras y Bages**; pero lo fueron sobre todo los santos como **san Pedro Nolasco**, el **beato Ramon Llull**, **san Pedro Claver**, **san Ignacio de Loyola**, la **hermana Catalina de Cristo** –fundadora del Carmelo teresiano en Barcelona–, **san Antonio Maria Claret** o **san Enrique de Ossó**, para citar unos pocos de los que serían centenares y que parecen dar razón a aquellos versos del sacerdote poeta Jacinto Verdager que dicen que *els sants de nostra terra / passen per vostra serra / quan pugen cap al Cel*⁴.

*En Montserrat aquí lo Rei [Pere III el gran] estec, e vetllà tota una nit devant l'Altar de Madona de Santa Maria*⁵ antes de su victoria contra el invasor Felipe III de Francia, el Atrevido. De Montserrat «salió» el **cardenal Della Rovere**, luego papa Julio II, que fue abad comendatario del monasterio,

² *Subamos hijos de María / subamos a Montserrat; / mil años hace que salía / el sol del Principado*. Del poema *A Montserrat! Himne del milenari* de Mn. J. Verdager

³ *de muchos y muchas quienes vienen descalzos y algunos de rodillas con sus presentes (colgados) al cuello*

⁴ *los santos de nuestra tierra / pasan por vuestra sierra / cuando suben al Cielo*

⁵ *aquí el rey estuvo y veló toda una noche ante el altar de Nuestra Señora Santa María*

en el ajetreado siglo xv. De Montserrat salió el primer predicador de América, **D. Bernat Boyl**, monje y ermitaño, que partió con Colón en su segundo viaje y fue nombrado por el

La luz de Montserrat tuvo una expansión asombrosa. De Montserrat salieron prioratos fundados en España, Portugal, Francia, Países Bajos, Alemania e Italia, entre otros.

papa Alejandro VI primer superior de la misión apostólica de la Indias Occidentales. A Montserrat peregrinó **Don Juan de Austria** antes de embarcarse hacia Lepanto. Muchos papas mostraron su devoción en bulas, breves y motu-proprios, desde Bonifacio IX hasta **san Juan Pablo II**, que siendo papa subió a rendir homenaje a la Reina de los catalanes, del mismo modo que muchos otros lo hicieron siendo aún cardenales, como don **Angelo Roncalli**, hoy san Juan XXIII.

La luz de Montserrat tuvo una expansión asombrosa. De Montserrat salieron prioratos fundados en España, Portugal, Francia, Países Bajos, Alemania e Italia, entre otros. En Madrid podemos encontrar el convento benedictino de Nuestra Señora de Montserrat fundado por Felipe IV; también capillas y templos con la misma advocación están dispersos en otras ciudades españolas. En Londres, en el barrio de Mayfair, la imagen de la Virgen de Montserrat está expuesta al culto en el lateral de la iglesia de los jesuitas. Es Italia, con más de cien, la que de largo tiene dedicados en su geografía más templos a la Virgen

Morena de Montserrat, como la que en Palermo se llama *Santa Maria dei Catalani*. La primera fundación de los benedictinos portugueses en el nuevo mundo llevó también el nombre de *Nossa Senhora de Montserrat*, como los había ya entonces fundados por españoles en México y Lima. En Viena el emperador Fernando II fundó con monjes benedictinos originarios del monasterio catalán la Abadía de Montserrat en lo que se conoce hoy como la Iglesia de los españoles negros... y así una larga lista, que como rastros de estrellas ha ido llevando por el mundo el nombre de Montserrat.

«Confraria de la Mare de Déu de Montserrat»

Sobrevivió a la devastación napoleónica el libro que contiene el pergamino de la relación de la institución de la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat. Según aquella relación, el 23 de julio de 1223, el entonces abad de Ripoll y obispo de Vic, «ante la presencia y la voluntad de la serenísima Sra. D^a Leonor, reina de Aragón, mujer del rey D. Jaime, imitando la mucha devoción del serenísimo rey, su marido, queriendo levantar la bandera en nombre de esta Reina del Cielo y avasallar los ánimos de los fieles a la piadosa milicia y culto de su santa imagen⁶ [...] de plena voluntat i consentiment de tots els monjos, i a instancia i prec de molts devots inicien i funden al monestir la Confraria de Nostra Dona de Montserrat».⁷

6 Crusellas, F. de P. OSB. *Nueva historia del santuario y monasterio de Montserrat*. Barcelona 1896, 46

7 *de plena voluntat y consentimiento de todos los monjes, y a instancia y ruego de muchos devotos, inician y fundan en el monasterio la Cofradía de Nuestra Señora de*

No obstante esta formalización, de mucho antes constan cédulas parecidas a las de cofrades en las que se hacían donaciones al monasterio desde el siglo XI «para remedio de sus almas y a fin de ser participantes de todas las oraciones y sufragios que se celebren en la iglesia de Montserrat», según consta en este ejemplo de 1202.

Pronto obtuvo esta cofradía un prodigioso desarrollo y a ella se adhirieron a lo largo de los siglos sumos pontífices, cardenales, nuncios, obispos y muchos prelados; lo mismo hicieron emperadores, emperatrices, reyes y reinas, aristocracia y nobleza de cualquier origen. Muchos de estos soberanos escribieron sus nombres con sus propias manos.

La historia de la cofradía corre pareja con la del monasterio de Montserrat y, aunque se sostuvo con gran fecundidad incluso en momentos difíciles, quedó prácticamente disuelta después de la guerra de Independencia y la exclaustración, hasta que fue restaurada por el abad Muntadas en 1880 y al que contribuyeron decisivamente «el obispo **Torras i Bages**, con su magisterio y su *Visita espiritual a la Mare de Déu de Montserrat*; el canónigo de Vic **Jaume Collel** y su influencia a través de la *Veü de Catalunya*; **Mossén Cinto** con su *Virolai* y el celo apostólico del sacerdote sabadellense **Fèlix Sardà i Salvany**».⁸

La cofradía, difícilmente igualada por alguna otra en antigüedad, sigue viva todavía en todo el mundo y mantiene su red de contacto a través de los centros delegados.

Montserrat

8 Cf. Web oficial de la *Confraria de la Mare de Déu de Montserrat*. Vídeo commemoratiu dels 800 anys. <https://abadia-montserrat.cat/confraria-de-la-mare-de-deu-de-montserrat/>

«*Laus perennis*»

De entre todas las manifestaciones montserratinas, sobresalen sin duda los siglos de la «*Laus perennis*» como culto magnífico tributado a la Virgen María de Montserrat, por encima de todos los monasterios benedictinos y de todos los santuarios marianos.

La comunidad, más allá de los monjes, estaba también conformada por los donados, los presbíteros y las dos realidades montserratinas, típicas y únicas, veneradas con devoción y simpatía: los ermitaños y la escolanía –de la que tenemos noticia desde el siglo XII–.

A los monjes los seguían los ermitaños para ofrecer sus oraciones matinales; no habían acabado que los monaguillos ya entonaban el introito de la primera misa del día. Acabada ésta, los monjes retomaban el Oficio divino y la oración. Entonces novicios y juniors recitaban el Oficio de la Virgen María y la escolanía cantaba otra misa a la intención de los devotos. Después se sucedían sacrificios eucarísticos al altar de la Virgen con los romeros ininterrumpidamente hasta la misa conventual, y muchos días del año se organizaban procesiones en el entorno de la iglesia, los claustros o la plaza. Mientras los monjes comían, la iglesia se mantenía abierta a la devoción de los fieles. Seguía más tarde la última misa del día y las oraciones del Oficio mariano por monaguillos, novicios y monjes, consecutivamente. Volvían, pues, los ermitaños hasta la hora de completas –siempre solemnes– con todas las comunidades reunidas y el canto de la escolanía con los *Goigs*, el Magníficat y la Salve antes o después del rosario. Entrada la tarde era la hora de los romeros hasta que cerca de las doce de la noche pasaban los

donados por la iglesia e imponían silencio para que no turbaran la salmodia monástica que los monjes retomaban nuevamente en su punto de medianoche.

Si a este culto continuado le añadimos la característica iluminación monumental de la iglesia, pues era donación común de exvotos a la Virgen María, así como un número incontable de cirios, la magnificencia de toda la liturgia monástica y la devoción de tantísimos fieles, podríamos hacernos una idea de aquella noche del soldado Ignacio de Loyola o entender que el rey Carlos V, que amaba apasionadamente aquel santuario, repitiera a menudo que captaba en aquella iglesia algo divino que no sabía expresar.

La ofrenda mayor: los mártires

Pero si aquella gloria de Montserrat parecía del todo inigualable, el siglo siguiente la superó, pues de todas las ofrendas que al correr de los siglos se han ofrecido a la Virgen de Montserrat, no hay ninguna comparable a la de aquellos que con su santo nombre en los labios le ofrendaron la propia vida. He aquí las gemas más preciadas que engalanan la corona inmarcesible de la Reina celestial, que ni la malicia francesa ni el odio revolucionario ni el desprecio de la modernidad no podrían jamás arrebatarse: la vida de los veintiún monjes benedictinos y la de los trescientos diecinueve requejets catalanes que reposan a los pies de la *Moreneta*.

Este jardín precioso de flores únicas en santidad, regado con sangre, y que hoy nos parece oculto y denigrado a los ojos de los hombres es, sin duda, delicia y consuelo de la Reina de los catalanes. Ella que se sienta en este trono de gloria y que nos dio por

*escala divina eixos penyals coberts de romaní*⁹, lo ve ahora regado con la generosidad inmensa y el amor más puro de sus fieles amantes, de aquellos que nos recuerdan todavía hoy con su testimonio la entrega total de sus vidas y el deseo innegociable de abrazar por siempre jamás al buen Jesús, acurrucados en el regazo de la Madre de Montserrat al *abrigo de su manto azul*.

Santa María de Montserrat, un hecho providencial

El hecho providencial de aquella fundación, que ha sobrevivido a santa María de Ripoll, a sant Miquel de Cuixà y a sant Martí del Canigó, las abadías amadas del gran obispo Oliba, dio a la antigua ermita de Santa María una personalidad jurídica que nunca hubiera adquirido por sí misma, a la vez construyó un altar en el cual la honra de la Virgen María fue el más grande honor y la más noble vocación de monjes, donados, ermitaños, presbíteros, monaguillos y peregrinos a lo largo de siglos, en una *laus perennis* que ha quedado por siempre jamás como gloria de las glorias de este santuario.

Aquella fundación del abad Oliba, hija espiritual de san Benito, propició un centro de peregrinaje para miles de personas de toda la patria y más allá, y un lugar de devoción para todos los pueblos de Cataluña, a quien le dio un auténtico corazón, desde el que logró siempre sus tiempos de plenitud y en los peores momentos de su historia dio en sus mártires la más excelsa corona de gloria que podía ofrecer a la Reina de Montserrat.

⁹ sean para todos escalera de la gloria / estos peñascos cubiertos de romero (del *Vivrolai* a la Virgen de Montserrat, de Mn. Verdaguier)



Pequeñas lecciones de historia

Santa Margarita María de Alacoque (11): El P. Jean Croiset, S.J., y sus últimos años

Gerardo Manresa Presas

EL año anterior a su muerte, 1689, Margarita tiene una salud muy precaria, pero a pesar de ello el Señor le pregunta: «¿Quieres acompañarme en la cruz?» y ella le responde: «No se puede perder un momento de sufrimiento, porque no se puede amar sin sufrir». Y de durísima cruz fueron los seis primeros meses del año, en los que más de una vez parece que va a expirar. Pero todo ello no le impide atender a todas las actuaciones que le exigen las solicitudes para la expansión de la devoción: visitas al locutorio, cartas, recomendaciones, etc

Pero también el Señor le concede los medios para ayudar a expandir la devoción y le proporciona un corresponsal entre los teólogos que el padre la Colombière había formado en Aviñón, el padre Jean Croiset, S.J. Este padre le hace confidente de sus deseos apostólicos, le pide consejo y se le somete dócilmente, Margarita le exhorta, le instruye y le dice lo que debe hacer para glorificar al Sgdo. Corazón. Su empeño es transformarlo en un apóstol eficaz del divino Corazón. El padre Croiset hace una visita a Paray donde conoce a la Hna.

Margarita. Él va allí con el padre Vilette, compañero suyo de teólogo y son recibidos por Margarita, pero se llevan una gran decepción pues ella les acoge muy tímidamente y sin apenas diálogo y deciden regresar. Pero al día siguiente deciden ir por separado a ver a la Hna. Margarita y todo cambia, especialmente el diálogo con el padre Croiset. Ambos se vuelven a Lyon, ganados para siempre por el divino Corazón, primero el padre Croiset, confirmado como apóstol del Divino Corazón. En los próximos meses, entre abril de 1689 y agosto de 1690, la Hna. Margarita le escribirá al jesuita diez cartas conocidas como las cartas de Avignon, en las cuales Margarita le expone todo lo recibido por el divino Corazón y todo lo necesario para que la devoción a este Sagrado Corazón se conozca y se expanda por todo el mundo.

Pero el Señor ya le había dicho a Margarita que continuaba con su cruz y el viernes santo de 1690, año de su muerte, se lo volvió a preguntar. Pero esta vez la cruz no se la esperaba Margarita, pues el día de la Ascensión finalizaba el período de superiorato de la M. Merlín, y no pudiendo ser

reelegida las hermanas presentan entre las candidatas a la Hna. Margarita. Ésta se queja al Señor: «Os pido, Señor, la gracia de alejar de mí esta cruz, y me someto a cualquier otra». Nuestro Señor, esta vez se rinde y sale elegida la madre Catalina Antonieta, que confirma a la Hna. Margarita en su cargo de asistente.

Salida de Paray la devoción se extiende a través de los monasterios de la Visitación, llegando a Inglaterra avivando allí los gérmenes plantados por el padre La Colombière, pasando también a Francia, Italia, Saboya, Polonia y Canadá. Varios obispos conceden misa propia a esta devoción en sus diócesis y se expanden por doquier libros y miles de estampas. Todo ello en tan solo cuatro años, después de pasar diez años de silencio, en los que se confirmaba aquella aseveración que dijo el mismo Sagrado Corazón a Margarita: que los devotos del Sagrado Corazón tendrían que sufrir mucho, pero que al final: «Reinaré a pesar de mis enemigos».

Faltan pocas semanas para que muera Margarita y ocurre un hecho extraordinario. Una hermana conversa, recién entrada en el monasterio se hiere en una pierna con un hacha y teme que la despidan. Después de algunas semanas en que no se cura, se le ocurre pensar que la hermana Margarita tiene fama de santa y un día llena de confianza se le acerca y toca con su pierna la par-

te inferior de su hábito. Siente en seguida que la herida mejora y al poco tiempo está completamente curada. Contenta va a contárselo a la hermana Margarita y ella le suplica: «Haga el favor de callarse». Y esto se mantuvo en silencio hasta su muerte.

La gran apóstol del Sagrado Corazón está llegando al final de su vida. Contaba solamente cuarenta y tres años, pero sus largas y penosas enfermedades y sus continuas mortificaciones interiores y exteriores le hacían ir ya muy achacosa y parecía una anciana. Con mucha caridad la nueva superiora le prohibió todas sus austeridades y las Horas Santas que personalmente hacía. Ella lo aceptó dulcemente. Era junio de 1690. En los últimos momentos tuvo la alegría que su hermano Crisóstomo, párroco de Bois-Sainte-Marie, dedicó una capilla de su parroquia al Sagrado Corazón de Jesús. Ya no sería el jardín del monasterio de Paray, el único lugar donde se veneraría al divino Corazón.

Conservaba en su armario un cuaderno manuscrito con su autobiografía que el padre Rolín S.J., su director espiritual los últimos años, le obligó a escribir y prohibiéndole que lo quemase, pero Margarita, consideró que, a su muerte, ya quedaba liberada de dicha promesa y ordenó a una de sus novicias que lo quemase todo. Gracias a la M. Superiora se conservan aún las páginas amarillentas escritas por la santa.

Cuando cayó enferma, ocho días antes de morir, le obligaron a ir a la enfermería y llamaron al médico de la comunidad, el cual examinó el mal y no le dio importancia. Ello hizo creer a la comunidad que la Hna. Margarita no moriría por causa de esta enfermedad, pero ella era consciente de su próxima muerte.

El día 17 de octubre de 1690, Margarita dejaba oír a sus hermanas el siguiente anuncio: *Ecce Sponsus venit*. Nadie se lo creía, pero Margarita se lo confirmó a su superiora.

El día 17 de octubre de 1690, Margarita dejaba oír a sus hermanas el siguiente anuncio: Ecce Sponsus venit. Nadie se lo creía, pero Margarita se lo confirmó a su superiora.

Sin embargo, Margarita intuía que su divino Esposo le haría sentir hasta el final el peso abrumador de la santidad de justicia que durante toda la vida le había acompañado. En medio de una admirable paz se siente atacada por extraordinarios espantos a la vista de los terribles juicios de Dios, le hacen temer por su salvación y pide auxilio a la misericordia del Sagrado Corazón, que tras esta dura prueba la tranquiliza y la hace descansar en su Corazón.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración



Octubre: Por la colaboración entre las distintas tradiciones religiosas.

Oremos para que creyentes de distintas tradiciones religiosas trabajemos juntos para defender y promover la paz, la justicia y la fraternidad humana.

Noviembre: Por la prevención del suicidio

Oremos para que las personas que están combatiendo con pensamientos suicidas encuentren en su comunidad el apoyo, el cuidado y el amor que necesitan y se abran a la belleza de la vida.



emos leído

Aldobrando Vals

Mons. Varden y la hermenéutica de la continuidad



Monseñor Erik Varden, monje cisterciense y obispo de Trondheim (Noruega) ha compartido en su blog su intervención en las conferencias de verano del Napa Institute. Allí, se pidió a los participantes que expusieran sus ideas sobre lo que necesita la Iglesia en tiempos del nuevo pontificado de León XIV. Entre otras apreciaciones, Mons. Varden afirmó lo siguiente:

«No hace tanto tiempo se discutía sobre si el Vaticano II podía abordarse mejor mediante una hermenéutica de ruptura o de continuidad. Confieso que este debate me dejó perplejo. No veo cómo un católico puede adoptar otra hermenéutica que no sea la de la continuidad. Esta perspectiva es inherente a nuestra fe en un Dios que actúa en la historia, que nos exhorta: “¡Recuerda!”, cuyo Hijo encarnado es el principio por el cual y para el cual existen todas las cosas, cuyo Espíritu santifica, en Cristo, recordando.

El recuerdo colectivo de lo que fue el Concilio y sus consecuencias se ha ido desvaneciendo. Eso reduce notablemente la implicación emocional del ejercicio hermenéu-

tico, permitiendo una reflexión más lúcida. Los jóvenes católicos de hoy no son desagradecidos hacia los grandes dones del Concilio, pero son incapaces de proceder con la mentalidad de sus abuelos y se muestran poco entusiasmados por proyectos fosilizados de *aggiornamento* cuando el sol ya se ha puesto sobre el *giorno* por el que fueron de-



finidos. Lo que anhelan es despertar a la aurora, conocer el poder salvífico de Cristo, el mismo hoy, ayer y siempre, que hace nuevas todas las cosas, a menudo haciendo estallar las dicotomías temporales».

La sociedad tardía: entre tecnificación de la feminidad y «elastificación» de la vida

Aquilino Cayuela ha publicado un artículo en El Debate de las Ideas

EL DEBATE

donde da algunas claves sobre la sociedad en que vivimos:

«El núcleo relevante y característico de la sociedad presente es el retardo, porque los modos de vida, particularmente en la mujer, se presentan desacompañados con sus bios, lo que explica la enorme demanda de necesidad técnica y biomédica.

La sociedad, la cultura, la forma de vida, no coinciden con el tiempo biológico del humano, con sus desarrollos y sus ritmos. Pero este hecho se da en mayor medida en la mujer donde el ritmo biológico es continuamente forzado y violentado por el tiempo cultural, tecnificado y productivo. El objeto de tal desajuste es una ofrenda a la productividad y al consumo, un sacrificio de los humanos contemporáneos, particularmente de las mujeres, al rendimiento, al capital, al bienestar material y al disfrute de éste.

En las nuevas sociedades tardías son sobre todo las mujeres quienes ven sus cuerpos violentados, hormonados, forzados en continuo desajuste, por no acompañarse sus ritmos biológicos a las costumbres culturales, sociales, sexuales y productivas. El tiempo vivido se subyuga y sacrifica al «tiempo productivo».

Toda la vida sexual de una mujer ya no está, como en tiempos pretéritos, vinculada a la procreación, a la crianza, a la vida familiar, al cuidado, sino que, desterrada de estos entornos, se vincula hoy al desempeño profesional, al trabajo, a la productividad, y al ocio que puede

lograr como producto o plusvalía de su rendimiento profesional.

La sociedad tardía en la que vivimos nos impele a desacompañar nuestros cuerpos biológicos, lo que implica la necesidad de hormonas, técnicas y, a veces, psicofármacos para seguir los ritmos impuestos por la cultura y la productividad.

Aparece así el problema de nuestro tiempo, de la cultura tardomoderna y tecnificada, que está tan dislocada que nos hace sentirnos invulnerables y, al mismo tiempo, nos abandona a la mayor vulnerabilidad: dependencias, angustias, desajustes y vacío».

Una iglesia, un obispo, un altar: la verdad sobre los primeros cristianos



Luisella Scrosati, desde La Nuova Bussola Quotidiana, desmonta algunas de las ideas, erróneas, sobre cómo era la Iglesia de los primeros siglos:

«A pesar de una concepción muy extendida, incluso en círculos académicos, del cristianismo primitivo como una red de pequeñas iglesias domésticas que celebraban la Eucaristía en un contexto familiar modesto y no institucionalizado, o incluso clandestinamente en las catacumbas, en pequeños grupos de “fieles”, los testimonios antiguos nos hablan en cambio de un único culto público en cada ciudad, presidido por el obispo, en un edificio sagrado, dedicado entera y exclusivamente a este fin.

Hacia el año 150 d.C., san Justino da testimonio, en su *Apología*, de que los cristianos, ya vivieran dentro de las murallas de la ciudad o fuera, se reunían en un mismo lugar, la misma expresión que encontramos en Hechos 2,1, indicando la estructura fundamental de la Iglesia reunida en un lugar, con los Apóstoles o sus sucesores.

Esta unidad es la que se desprende también de las cartas de san Ignacio de Antioquía a los cristianos de Éfeso, Esmirna, Filadelfia, etc.: en todas estas ciudades hay una sola comunidad, reunida en torno a su obispo para la Eucaristía. La Iglesia primitiva no parece querer desviarse en absoluto en este punto de la tradición judía: un solo Templo, un solo altar, un solo Sumo Sacerdote. Incluso en lo que se refiere a las sinagogas, parece haberse mantenido el principio de una única sinagoga por ciudad, en la que se reunían todos los judíos de la zona. Los primeros cristianos eran conscientes de que la revelación del Hombre-Dios no sólo no debilitaba, sino que incluso reforzaba la importancia de realizar y expresar la unidad del rebaño bajo un solo pastor. Existían ciertamente celebraciones independientes, pero eran las de los cismáticos, que erigían sus propios altares y lugares de culto, en ruptura con el obispo legítimo.

[...] Todo esto significa que, durante más de cuatro siglos, cada ciudad conoció una única celebración dominical, presidida por el obispo: no hubo ninguna red de «liturgias domésticas» clandestinas, sino una única, grande y solemne celebración; ninguna “iglesia doméstica”, sino una única, grande y con altar, en la que el obispo presidía en solitario la Eucaristía».

Cultura de la muerte, muerte de la cultura



Carlos Esteban, en *La Gaceta*,
acierta al diagnosticar nuestro mundo:

«Desde que tengo uso de razón vengo escuchando que vivimos en una era postcristiana, y es cierto en un sentido bastante obvio: las elites intelectuales occidentales decidieron hace cosa de dos siglos y medio que la fe sobre la que se fundó Occidente era una rémora que había que dejar de lado para avanzar.

El ilustrado, prodigio de fe ciega, se mostraba convencido de que una vez que desapareciera «*l'infame*», el cristianismo, reinaría la concordia social y el progreso. Que el primer experimento de sus tesis, lo que pasó en Francia desde 1789, fuera una refutación perfecta de estas teorías no desanimó en absoluto a los

intelectuales, notoriamente impermeables a la realidad. Ahí están los salvajes, nobles y puros como niños, incontaminados por nuestra oscura teología.

La moderna etnología ha disipado ya esas ingenuas ilusiones, mostrando un mundo mucho más cercano a Hobbes que a Rousseau. Fuera del ámbito cristiano, la vida es realmente brutal.

Nuestra fortuna ha sido la inercia, una fuerza poderosísima en la historia. El pueblo no se descristianizó al ritmo de sus elites. Como sucedió en tierras dominadas por el Islam en su era dorada, la población sometida no perdió inmediatamente y en masa la fe. Pero, como en esas mismas tierras, la lenta erosión acabó haciendo su efecto.

Pero incluso estas nuevas masas descreídas mantenían, ya sin la fe, el marco ético del cristianismo, también por inercia intelectual. Sin embargo, lo que se cree (o descrea) acaba fatalmente traducéndose en obras y en nuevos paradigmas de pensamiento. Y eso es lo que estamos viviendo ahora.

Gran Bretaña, un país oficialmente cristiano, acaba de aprobar una ley de aborto que permite aca-

bar con la vida del concebido hasta el minuto mismo del parto, algo en absoluto diferente del infanticidio. Esta medida cartaginesa llega a poco de una ley de eutanasia con tan escasas garantías que promete convertirse en un cancelador masivo de pensiones al estilo canadiense. Ya matamos legalmente a nuestros hijos y a nuestros padres: eso es progreso.

Fuera del ámbito cristiano, la vida es realmente brutal.

La ideología es una rama de la teología. Una vez desechado el cristianismo, detrás va su concepción ética del mundo, ¿por qué no? Sí, ya sé que hay miles de ateos que son excelentes personas, principalmente porque han crecido en sociedades marinadas en milenios de cristianismo. Pero si la vida no es sagrada —y nada lo es ni puede serlo en un universo sin Dios—, nuestras sociedades completarán el silogismo y nuestros nietos, si nada altera este curso, verán horrores que apenas podemos imaginar».

Quando todos los hombres acepten el imperio de Cristo

El hombre ha errado: que vuelva a la senda recta de la verdad; las tinieblas han invadido las almas, que esta oscuridad sea disipada por la luz de la verdad; la muerte se ha enseñoreado de nosotros, conquistemos la vida. Entonces nos será permitido sanar tantas heridas, veremos renacer con toda justicia la esperanza en la antigua autoridad, los esplendores de la fe reaparecerán; las espadas caerán, las armas se escapan de nuestras manos cuando todos los hombres acepten el imperio de Cristo y se sometan con alegría, y cuando «toda lengua profese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre» (Fil 2,11).

León XIII, *Annum sacrum* (1899)



Pro beatificación padre Enrique Ramière

«En la escuela del Corazón de Jesús: acción de gracias»

POR haberme llevado de la mano al noviciado, a pesar de mis graves infidelidades durante el año que pasé en el mundo.

»Por haberme dado, en medio de toda clase de irregularidades, un sincero amor a la perfección religiosa y una firme esperanza de alcanzarla.

»Por haberme librado de las tentaciones contra la fe, que duraron un año entero.

»Por haberme inspirado una especial devoción a su divino Corazón, al Corazón de su Madre, a san José, san Pablo, santa Magdalena, santa Teresa, san Ignacio, san Francisco Javier y san Francisco Regis.

»Por haberme dado un amor filial a la Iglesia y un fuerte deseo de hacer por medio de los demás el bien que mi miseria no me permite hacerme a mí mismo.

»Por haberme permitido hacer, bajo una guía esclarecida, los santos Ejercicios del tercer año y por haberme dado muchas iluminaciones.

»Por haberme puesto en contacto con almas santas que rezan por mí y cuyo fervor compensa mis miserias.

»Por haberme dado, en los estudios, el sentido y el amor de la doctrina tradicional de la Iglesia católica».



Paray-le-Monial. *Capilla la Colombière*: el Sagrado Corazón y el *munus suavissimum*. A la derecha del todo, el padre Enrique Ramière (fotografía: Jorge Pueyo Sichar).

Comentario:

Dimos noticia en anterior ocasión de las notas que el padre Ramière llevaba siempre consigo recogidas en una pequeña libreta como acción de gracias a Dios por su misericordia sin límite. Recogemos este mes los apartados relativos a su etapa propiamente de formación, tanto en los estudios como en lo relativo a la vida espiritual: comienza por su ingreso en el noviciado, que transcurriría durante dos años en Avignon, y se extiende hasta 1861, cuando se da a conocer como apóstol del Corazón del Redentor. Destacamos: reconoce una especial devoción «a su divino Corazón...», «amor filial a la Iglesia», «los santos Ejercicios», «el sentido y el amor de la doctrina tradicional de la Iglesia».



60º aniversario del fallecimiento de Jaime Bofill Esperanza y tradición



Evaristo Palomar

*Jaime Bofill Bofill falleció cristianamente en Barcelona, el 20 de octubre de 1965, tras penosa y larga enfermedad: acontece, pues, el 60º aniversario. Jaime Bofill participó del entusiasmo y entrega en la puesta en marcha de esta revista, Cristiandad; su presencia como articulista y editorialista se extendió a lo largo de veinte años. Con ocasión de la edición castellana de *Las esperanzas de la Iglesia*, del padre Enrique Ramière (Barcelona, 1962), libro que había saludado exultante en 1959, escribió una profunda reflexión bajo el intitulado «*Esperança i tradició*»¹, *Cristiandad* 381, nov. 1962, 255-258. Francisco Canals Vidal remite a este trabajo al concluir la sexta parte de su *La esencia del conocimiento, desarrollando el tema «Contemplación, amor y diálogo, en la plenitud de la vida personal»*.*

1-.El artículo se encuentra íntegramente reproducido en Bofill i Bofill, Jaume, *Obras completas I*, ediciones Cor Iesu, (2025) 538-43

EN la aparición de la traducción castellana de *Les Espérances de l'Église*, de E. Ramière, S.I.

Un problema de «sistemática» filosófica

En la versión del *Catecismo romano* que estudiamos cuando niño, perseveraba el esquema agustiniano de las «potencias del alma». «Las potencias del alma, decíamos, son tres: memoria, entendimiento y voluntad».

Sobrevivencia que no deja de ser curiosa, dado que se encontraba en desacuerdo con los textos de filosofía escolástica vigentes por aquel entonces, y que habían relegado al olvido esta división. La cuestión de «sistemática» filosófica que aquí se encierra dista mucho de ser puramente «formal»: esperamos que el lector que nos acompañe lo observe igualmente.

El esquema agustiniano de la estructura de la *mens*, nivel espi-

ritual del alma, se constituye en el corazón de una meditación que lo entronca con el mismo misterio trinitario, con el secreto de la vida íntima de Dios. La *mens* o espíritu humano, es entendida, fundamentalmente, como *imago Trinitatis*; las realidades inferiores, las cosas o el mismo hombre en su nivel corporal y sensible, no son más que un *vestigium Trinitatis*.

Sin embargo, sucedió que al irrumpir el aristotelismo en la filosofía de Occidente se superpuso un nuevo esquema al anterior; esquema que, al menos en apariencia, constaba de dos elementos, y no de tres, como el agustiniano. Este nuevo esquema refuerza los elementos del «entendimiento» y la «voluntad», dejando, en cambio, la memoria al nivel de la sensibilidad; no atiende, pues, la compleja actividad «memorativa» que se desenvuelve al nivel de la *mens*, esto es, de la vida propiamente espiritual.

(...)

La noción de «memoria»

Las dificultades de sistematización que acabamos de referir invitan a reflexionar sobre la compleja función mental que san Agustín denomina «memoria».

Sucede, nos parece, que ya en su nivel sensible (único considerado en los manuales escolásticos, al tratar de la memoria) se suele caracterizar incorrectamente su función; que sería: a) una referencia al pasado como pasado, que, a su vez, b) se actualizaría mediante la fijación, conservación y reviviscencia de escenas o «imágenes». La primera de estas dos connotaciones es incompleta; la segunda, incorrecta.

Comencemos por la segunda. La actividad memorativa se distingue

de la de la «imaginación» en que esta segunda realiza asociaciones, síntesis, unidades «formales». La imaginación es, al nivel sensible, una función «representativa». La memoria, en cambio, solo indirectamente se refiere a imágenes, en la medida en que su actividad se despliega sinérgicamente con la de la imaginación. Por sí misma, la memoria retiene «vivencias», el impacto que los «hechos» han causado en el sujeto. Su acto se perfecciona, no por la referencia intencional a una «forma», sino en la estabilización de un «sentimiento»; sentimiento que no ha de entenderse aquí, como un estado «afectivo» (amor, odio, alegría o tristeza) sino estrictamente como un «sentir la presencia» de las cosas, por la ausencia de mutación que, en virtud de esta misma presencia, producen en el sujeto.

De aquí proviene la constitutiva referencia de la memoria al «tiempo», ella es el «tiempo originario». Retiene las cosas por su dimensión de «existencia»; «existencia» que, al nivel anímico, que es el que ahora consideramos, se presentará como una «duración». De donde la típica referencia al «pasado como pasado». Pero donde al mismo tiempo hay que notar como fundamental, en la actividad de la memoria, no que lo que retiene «haya dejado» de estar presente a la percepción, sino, al revés, que «permanece siendo presente» al sujeto un hecho que tal vez ya no le impresiona al nivel sensible y perceptivo. Modo de «presencialidad» por la memoria intermedio entre la «momentaneidad» de la percepción y el modo superior de presencia consistente en la posesión *totum simul et perfecte* del tiempo en un solo acto interior; acto que, si bien es verdad que en una de sus dimensiones está en el tiempo y es medido por él, no obstan-

te, en lo que tiene de característico, trasciende el tiempo y lo domina. «Presente» en este nivel superior de memoria no es mero fenómeno, un *datum* empírico, sino un *ens (id, cuius actus est esse)*. Cuando la memoria se considera, no al nivel sensible en el que se contradistingue de la imaginación y de la estimativa animal, sino al nivel espiritual que ocupan el entendimiento y la voluntad, deviene, como estos últimos, una función «ontológica».

La memoria agustiniana alcanza este nivel superior, espiritual, en el que la dimensión «discursiva» del tiempo, todo lo que el «vivir en el tiempo» entraña de «distensión», se supera, como se supera la «fragmentación» del tiempo en «momentos» puntuales. Es verdad que el hombre no goza de forma pura de esta total autopresencia, por la que le fuera dada a la vez una experiencia absoluta del ser: toda la persona humana está empapada de temporalidad. Pero no por eso el aspecto superior que indicamos puede ser ignorado. Por él, el modo humano de vivir en el tiempo es justamente aquel que suele llamarse hoy «historicidad»; término con el que designamos un estar en el tiempo, no abandonándose a él, sino reasumiéndolo, totalizándolo continuamente por actos de tal condición, al punto que el sentido total de mi vivir está comprometido en cada uno de ellos. Un ejemplo de acto de esta naturaleza es el acto libre.

La «memoria», función existencial

Disponemos ahora de datos suficientes para entender por qué la «memoria» no figura en el esquema «aristotélico-tomista» de las «facultades» o «potencias» del alma. Este esquema tiene presente los modos

de «intencionalidad» de la conciencia, su referencia y «apertura» a un «objeto» en el que «terminan» la actividad de pensamiento o de volición. Llamemos, si se quiere, «esencias» al objeto del entendimiento, y «valores» al de la voluntad. Pero la «memoria» no posee el *ens* como «término» objetivo, sino como «coprincipio» subjetivo de su actividad. La actuación de la memoria no hace surgir un tercer tipo de «objeto», diverso de los del conocimiento representativo y de la apetición. El orden objetual se inaugura con la función «representativa» (no con la memoria, que le es anterior) y se perfecciona finalmente por la actividad afectiva. La función de la memoria, en cambio, es la de conectar las «esencias» y los «valores» objetivos con la realidad «existente» en la que radican. La memoria —parece obvio— es existencial.

Hasta tal punto había hecho suya esta vivencia Bergson, que concebía el existir como una memoria: «existir es recordar». La memoria sería, no sólo el «tiempo originario», sino la «existencia originaria». Por eso la doctrina teológica de las «apropiaciones» que antes hemos mencionado, refería al Padre la memoria, como le refería la eternidad. Es lo mismo.

La memoria retiene al «existente» como una «presencia» convertida en consciente en la medida en que el sujeto es «inmutado» por ella. Es un puro *experiri* que se abre ciertamente a una actividad representativa, pero que no consiste formalmente en una representación. Es un «sentirse vivir, y ser» como dice Aristóteles; y esto en comunidad con los demás y con el «mundo»; un «persistir» juntos, fuera de alcance de la acción corrosiva del tiempo.

«Inmutar», «persistir», etc., son términos que podrían sustituirse

por otros. Pero siempre será inevitable la connotación, en ese «existir» que la memoria registra, de un nuevo elemento: una dimensión de «tenacidad», de «fuerza» o «poder». El existir nunca es una pura situación pasiva. Esta dimensión energética confiere una necesidad intrínseca al existir del *ens*.

Hacia aquí apunta, de forma más o menos clara, la intuición filosófica de un **santo Tomás**, de un **Leibniz**, de un **Fichte** o de un **Marcel** cuando nos hablan, respectivamente, de *virtus essendi*, de *vis*, de «acción» o de «fidelidad creadora».

El despliegue de esta dimensión ontológica da cuenta de que el vivir del hombre sea, no el de un simple sujeto teórico (como hubiera querido una filosofía «racionalista») sino un vivir «histórico»: un vivir en una «tradición».

«Memoria» y «tradición»

La tradición es «memoria» de los pueblos, si en la memoria connotamos esta dimensión energética referida.

Es (si resulta lícito parafrasear una locución famosa de Aristóteles) un «seguir siendo lo que se era», como predeterminación, añadiríamos, de lo que será. La tradición no es «lógica» o «racional»; no es un «argumento», sino una «fuerza». Se mama con la leche materna, se contagia en aquella primera sonrisa que abrirá al niño del *Pollion* virgiliano la posibilidad de una futura convivencia con los dioses y diosas. Se inscribe por las fábulas, por los aforismos, por los *nursery rhymes*, por las fiestas y ritos en el fondo subconsciente del individuo y de la colectividad. Perpetúa actitudes, constituye linajes. Está arraigada en la propia fuerza generativa; se liga, con un juramento prestado con

la mano bajo el muslo del padre, a la tierra y al linaje.

Mantiene la fidelidad a los amores y a los odios; vincula a los hombres a vida y muerte por su comunidad genealógica. No tolera la razón racionalista, la filantropía edulcorante, ya que una y otra la disuelven: vive de una autoridad que vincula a las generaciones; que posibilita toda la delicadeza de la amistad entre el anciano y el niño, la dialéctica viril entre el padre y el hijo que fue recibido, al nacer, sobre las rodillas, en reconocimiento de su «genuinidad». Por eso la tradición, es versión del pasado y profundiza en la historia en cuanto encuentra allí el fundamento de la futurición. La tradición es esperanza.

«Sum», «adsum», «possum»

En diversos pasajes de su libro «*La espera y la esperanza*» y, en concreto, al hablar de san Agustín, Laín Entralgo aproxima «memoria» y «esperanza». Nos interesa también a nosotros, en la pobre medida que permite esta nota, hacer una confrontación de estas dos dimensiones de la existencia humana. La «memoria de futuro» de la que san Agustín habla se funda, en efecto, sobre una «protensión», preconsciente, que es la «esperanza» misma, ontológicamente entendida. Mi presente se amplifica hacia el «mañana»; estoy presente (*adsum*) en situaciones que no son todavía, precisamente porque son «futuras»: algo que *futurum est*, que a la vez «será» y «ha de ser».

Esta necesidad radica en el propio *sum*; por él, tiene el futuro en su mano, ya sea que se ejerza como decisión libre, ya como puro determinismo de naturaleza. Por eso, como hemos dicho, no es únicamente «presencia» (*adsum*) sino poder (*possum*).

Sum, adsum, possum es la estructura ontológica del yo en tanto que puro principio, subjetividad pura. La esperanza así entendida fundamenta el querer («quiero»).

La voluntad elícita asume, en efecto, en el «quiero» (por reflexión constitutiva sobre su propio fundamento) el «ser» mismo del sujeto entendido como poder (*possum*) y actualiza ese poder en actos. Acto por el acto, lo que será porque ha de ser —lo que *futurum est*— es sucesivamente rescatado al tiempo y constituido extra causas.

«Esperanza» y «tradicición»

La esperanza, entendida en su núcleo originario, es trascender (por virtud propia o prestada) la contingencia temporal; es la tradición en tanto que proyectada al futuro.

Trae maestría del pasado; pero no mediante argumento, que no podría ir más allá de un argumento —inconcluyente— de analogía: sino porque el pasado me ha hecho consciente de una fuerza que siento todavía operante y joven en mí (esa «fuerza tranquila» que Costa y Llobera refiere en su *Oda a Horacio*) y me hace encararme con serenidad ante la amenaza de toda futura contingencia. Este es el «magisterio» de la historia, *magistra vitae*, este el mensaje de la senectud; ya que la misión de los ancianos es confortar, en los jóvenes, la esperanza.

Donde la razón no concluye, la esperanza espera. Más aún: la esperanza salta por encima, no solo de

la carencia de razones, sino de las mismas razones que eventualmente se le opongan, acusándola de temeridad o locura. La esperanza espera contra toda esperanza: es la respuesta de la fidelidad a la fidelidad. Abraham, María, la histórica «esperanza» que, al cabo de dos mil años, ha hecho retornar Israel a Palestina, han desafiado todos y cada uno de los *quomodo fiet istud?* que carecían de respuesta racional posible.

La «esperanza» teologal

Cuando la «esperanza» —como la de Abraham o de María— es sobrenatural se funda en el poder, la promesa y la fidelidad de Dios, permanentemente presente junto a los hombres: yo estoy con vosotros hasta la consumación de mi obra. Por eso en la base de nuestra liturgia nos acogemos a un Dios «omnipotente» y «eterno»: *Omnipotens sempiternus Deus*.

«Las esperanzas de la Iglesia»

La estructura ontológica que hemos pretendido sugerir en esta nota reaparece claramente en las «esperanzas de la Iglesia» y, si se quiere, en «las esperanzas de Juan XXIII». Recordamos la argumentación que se desarrolla, por ejemplo, en su alocución en la inauguración del Concilio.

Una tradición de veinte concilios celebrados en las circunstancias más adversas a la libertad de la Iglesia se sigue ahora en el presente concilio. Ellos han servido para ac-

tualizar cada vez, de manera solemne, la conciencia de la fuerza que la Iglesia encuentra en el «Brazo de Dios que la sostiene, como el Esposo a la Esposa». Confía en la Providencia del Padre, que abre caminos imprevisibles. ¿No vemos cómo los acontecimientos y las obras de los hombres (y bien a menudo sin que se lo hayan propuesto o lo esperen) revierten en bien de la Iglesia? ¿Quién hubiera podido prever que la propia malicia del laicismo y del

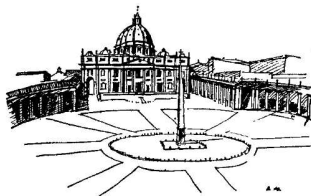
La esperanza, entendida en su núcleo originario, es trascender (por virtud propia o prestada) la contingencia temporal; es la tradición en tanto que proyectada al futuro.

materialismo contemporáneos daría a la Iglesia una libertad de movimientos que la protección civil le había, otras veces, impedido?

Hoy ya no es concebible un «veto» como el que, todavía, en el cónclave que elegiría a Pío X, puso Austria al cardenal Rampolla.

Por eso la Iglesia marcha con confianza hacia el futuro; el «pequeño rebaño» no teme. Y su esperanza no es vaga sino concreta: el Papa afirma que «la Iglesia hará que el hombre, las familias y los pueblos dirijan efectivamente su espíritu a lo celestial». Es la esperanza del Reino de aquel a quien el Padre ha sometido toda criatura.





Actualidad religiosa

Javier González Fernández

La Iglesia de Inglaterra, cada vez más a la deriva

El 14 de agosto de 1948 y ante la campaña que se estaba llevando a cabo en la Iglesia de Inglaterra a favor de la ordenación sacerdotal de las mujeres, el anglicano C. S. Lewis publicaba un artículo en la revista *Time and Tide* con la siguiente reflexión: «Me han informado de que es muy improbable que las autoridades consideren seriamente tal propuesta. Dar un paso tan revolucionario en este momento, separarnos del pasado cristiano y profundizar las divisiones entre nosotros y otras Iglesias estableciendo un orden de sacerdotisas entre nosotros, sería una imprudencia casi desmedida. Y la propia Iglesia de Inglaterra quedaría destrozada por la operación».

Menos de cincuenta años después la revolución triunfó de nuevo y el Sínodo general anglicano, máximo órgano de gobierno de la Iglesia de Inglaterra aprobaba la ordenación de mujeres el 11 de noviembre de 1992. Y apenas veinte años más tarde (2014) el voto democrático de las asambleas sinodales también abrió las puertas al episcopado femenino, ahondando aún más la separación con la Iglesia católica que, como enseñó el papa León XIII en su encíclica *Apostolicae curae*, no reconoce la validez de ninguna ordenación anglicana ni ningún sacramen-

to realizado desde el uso del Ordinal del rey Eduardo VI (1559).

La Iglesia de Inglaterra –como apuntaba el reverendo Marcus Walker, rector de la Iglesia del Priorato de San Bartolomé el Grande en Londres, el pasado 3 de octubre en las páginas de *The Spectator*– «está hecha un desastre. Está desanimada y abatida; las viejas cuestiones de la ordenación femenina y de si podemos ordenar o bendecir el matrimonio de homosexuales aún generan grandes desacuerdos en la Iglesia». Sin embargo, prosiguiendo con la «imprudencia» denunciada por Lewis y confiando más en los medios humanos que en los divinos, el Colegio de canónigos de la catedral de Canterbury ha aprovechado la primera oportunidad desde 2014 para nombrar a una mujer, Sarah Mullally, como nueva «arzobispa de Canterbury». Como era de esperar, el rey Carlos III, gobernador supremo de la Iglesia de Inglaterra, no dudó en confirmar el cargo propuesto y mostrar así al mundo la decadencia en que se hunde cada día más esta Iglesia cismática.

Además, la apuesta clara de la Iglesia de Inglaterra a favor de la ordenación femenina (y de todo un conjunto de doctrinas y de prácticas opuestas a su propia tradición) ahonda aún más la división dentro del propio anglicanismo. Ya en 1993 se permitió

que aquellos que se oponían a estas reformas liberales «políticamente correctas» pudieran formar sus propias «subiglesia» con sus propios obispos. En este sentido se ha manifestado el doctor Laurent Mbanda, obispo anglicano ruandés y uno de los líderes de Gafcon (Global Anglican Future Conference), asociación a la que pertenece el 85% de los anglicanos que practican su fe, principalmente en África.

«Este nombramiento –afirma Laurent Mbanda– abandona a los anglicanos de todo el mundo, ya que la Iglesia de Inglaterra ha elegido a una líder que profundizará aún más la división en una Comunión ya fracturada. Durante más de siglo y medio, el arzobispo de Canterbury ha ejercido no solo como Primado de toda Inglaterra, sino también como líder espiritual y moral de la Comunión Anglicana. (...) Sin embargo, debido al fracaso de los sucesivos arzobispos de Canterbury en la defensa de la fe, el cargo ya no puede desempeñar una función creíble como líder de los anglicanos, y mucho menos como un punto de unidad. (...)

Ahora que pronto se conferirá el título de doctor de la Iglesia universal a san John Henry Newman, converso del anglicanismo en 1845, encomendemos al Señor que también mueva el corazón de todos los anglicanos y se vea cumplido el deseo de la «Iglesia que, juntamente con los Profetas y el mismo Apóstol, espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y “le servirán como un solo hombre”» (*Nostra aetate*, 4).

El papa León XIV publica su primera exhortación apostólica

El pasado 4 de octubre, memoria de san Francisco de Asís, el Santo Padre firmaba la exhortación

apostólica *Dilexi te* («Te he amado») sobre el amor hacia los pobres. El documento, en continuidad con la encíclica *Dilexit nos*, recoge y enriquece el trabajo iniciado por el papa Francisco para que «todos los cristianos puedan percibir la fuerte conexión que existe entre el amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres».

El texto, situándonos desde el inicio en el horizonte de la Revelación, ofrece una mirada sobrenatural sobre la realidad de la pobreza y su significado. «La condición de los pobres –afirma el Papa– representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia. En el rostro herido de los pobres encontramos impreso el sufrimiento de los inocentes y, por tanto, el mismo sufrimiento de Cristo. Al mismo tiempo, deberíamos hablar quizás más correctamente de los numerosos rostros de los pobres y de la pobreza, porque se trata de un fenómeno variado; en efecto, existen muchas formas de pobreza: aquella de los que no tienen medios de sustento material, la pobreza del que está marginado socialmente y no tiene instrumentos para dar voz a su dignidad y a sus capacidades, la pobreza moral y espiritual, la pobreza cultural, la del que se encuentra en una condición de debilidad o fragilidad personal o social, la pobreza del que no tiene derechos, ni espacio, ni libertad».

Para comprender y valorar el compromiso en favor de los pobres el papa León XIV nos invita a leer de nuevo el Evangelio para deshacernos de todos los prejuicios ideológicos que malinterpretan la realidad de la pobreza y nos sumergen

en una mentalidad mundana ajena a los planes de Dios.

«Dios opta por los pobres», llegando a hacerse uno de ellos –un Mesías pobre– para cargar sobre sí su pobreza. Tanto la historia veterotestamentaria como los hechos evangélicos dan testimonio de este amor misericordioso con el que Jesús se identifica «con los más pequeños de la sociedad». Por este motivo el Papa insiste en que la verdadera riqueza de la Iglesia está en los pobres, porque en ellos está Cristo. Éste ha sido el tesoro de la Iglesia, manifestado a lo largo de los siglos en el cuidado de los enfermos, la solicitud por los pobres en la vida monástica, la liberación de los cautivos, los testigos de la pobreza evangélica, la educación de los pobres, el acompañamiento de los migrantes o el servicio a los últimos de la sociedad como las expresiones más profundas de la caridad cristiana.

En su exhortación apostólica el Santo Padre también hace hincapié en que la historia continúa y la Iglesia, tras más de un siglo de aportar al mundo su doctrina social, debe seguir denunciando las estructuras de pecado que causan pobreza y desigualdades extremas y proponiendo el único remedio que puede sanar el mundo y hacer llegar la justicia y la misericordia divina a los pobres: «una gran efusión de la caridad».

Estas reflexiones y el recuerdo de la bimilenaria historia de atención eclesial a los pobres y con los pobres, que forma parte esencial del camino ininterrumpido de la Iglesia y es un elemento esencial de la historia de Dios con nosotros, es también –afirma el Papa– una llamada continua en los corazones de los creyentes y supone un desafío ineludible para la Iglesia de hoy.



Actualidad política

Jorge Soley Climent

Eslovaquia incluye en su constitución la prohibición de vientres de alquiler

EL pasado viernes 26 de septiembre el Parlamento eslovaco aprobó una enmienda constitucional que consagra en la Constitución de dicho país que sólo hay dos sexos, masculino y femenino, al tiempo que prohíbe la adopción de niños por «parejas del mismo sexo» (el matrimonio ya se definió en la Constitución en 2014 como la unión de un hombre y una mujer), así como los vientres de alquiler.

Esta enmienda constitucional también afirma que la soberanía de Eslovaquia sobre este tipo de «cuestiones culturales y éticas» prevalece sobre la legislación europea. De este modo, Eslovaquia se convierte en el primer país del mundo que incluye una prohibición de los vientres de alquiler (también conocido como «gestación subrogada») en su constitución. Se demuestra así que la deriva que sigue la casi totalidad de los países occidentales no es inevitable, un mal menor al que debemos resignarnos.

Trump hace público su plan de paz para Gaza

Tras casi dos años de guerra sin cuartel desencadenada por los ata-

ques terroristas de Hamas en suelo israelí el pasado 7 de octubre de 2023, en los que murieron 1.400 personas y fueron secuestradas otras 252, el presidente de los Estados Unidos ha presentado su plan de paz para un alto el fuego en Gaza y para la liberación de los rehenes que aún siguen vivos. El plan, denominado «Paz para Oriente Medio» ha sido elaborado por la administración estadounidense y aceptado, sin gran entusiasmo, por el primer ministro israelí Benjamin Netanyahu. Pero veamos el detalle de lo que allí se propone.

El objetivo del plan es convertir el territorio de Gaza en una «zona desradicalizada, libre de terrorismo, que ya no representará una amenaza para sus vecinos», para a continuación «reconstruirla en beneficio de su población». Un objetivo loable que levanta acta de que mientras Gaza sea una permanente fuente de amenaza para Israel es imposible cualquier atisbo de convivencia pacífica.

A continuación, el plan pasa a reseñar los pasos a dar en el corto plazo. Las fuerzas armadas israelíes se retirarán a una línea acordada para preparar la liberación de los rehenes. En un plazo de 72 horas a partir de la aceptación pública de este acuerdo por las partes, todos los



rehenes, vivos o muertos, serán entregados a Israel. Aquí, el plan entra en una tétrica contabilidad: una vez liberados todos los rehenes, Israel liberará a 250 presos palestinos condenados a cadena perpetua y a 1.700 gazatíes detenidos después del 7 de octubre de 2023, incluidas todas las mujeres y menores retenidos. Por cada rehén israelí cuyos restos sean devueltos, Israel devolverá los restos mortales de 15 gazatíes.

Una vez resuelta, por decirlo de alguna manera, la cuestión de los rehenes, se perfila el futuro de Gaza, un futuro bienintencionado pero que no puede menos que provocar cierto escepticismo a la luz de la historia del conflicto. Se supone que, una vez devueltos todos los rehenes, los miembros de Hamás que se comprometan a coexistir pacíficamente con Israel y depongan las armas se beneficiarán de una amnistía. A quienes deseen abandonar Gaza se les concederá un salvoconducto hacia unos países de acogida que no se citan (hasta el momento ningún país árabe ha querido acoger palestinos; en su día fue el rey Hussein de Jordania quien lo hizo... para acabar en 1970 en una guerra civil contra la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) que, una vez asentada el país, intentó derrocarlo y hacerse con el poder).

Una vez aceptado el acuerdo, también se prevé el envío de ayuda humanitaria a la Franja de Gaza,

además de la rehabilitación de infraestructuras (agua, electricidad, alcantarillado), la reconstrucción de hospitales y el despliegue de los equipos necesarios para limpiar los escombros y reabrir las carreteras.

Un «comité palestino tecnocrático y apolítico» se encargará de la gestión cotidiana de los servicios públicos y municipales. Estará formado por palestinos cualificados y apolíticos (una especie francamente rara) y expertos internacionales (estos, sí, muy numerosos) bajo la supervisión y el control de un nuevo organismo internacional: el «Consejo de Paz», presidido por el presidente Donald Trump, y compuesto de otros miembros y jefes de Estado (su composición no ha sido desvelada, con la excepción de la presencia del antiguo primer ministro británico laborista Tony Blair, responsable de embarcar a su país en la guerra contra Irak aduciendo pruebas de cuya falsedad él era consciente). Este órgano gestionará la reconstrucción de Gaza hasta que la Autoridad Palestina haya completado las reformas que se le exijan y pueda gobernar Gaza de forma segura y eficaz. Obviamente no existe plazo alguno para tan ingente e improbable tarea.

Un grupo de expertos (de los que ya hemos señalado que abundan en los organismos internacionales) elaborará un plan de desarrollo económico para reconstruir y revitalizar

Gaza, «atrayendo y facilitando» la inversión en la Franja. No se obligará a nadie a abandonar Gaza, y quienes deseen irse serán libres de hacerlo y regresar. «Animaremos a la gente a quedarse y les ofreceremos la oportunidad de construir una Gaza mejor», afirma el plan.

Hamás y las demás facciones terroristas no desempeñarán ninguna función de gobierno en Gaza, «ya sea directa, indirecta o de cualquier otra forma». Todas las infraestructuras militares, incluidos los túneles y las instalaciones de producción de armas, serán destruidas y no se reconstruirán. Se pondrá en marcha un proceso de desmilitarización de Gaza bajo la supervisión de observadores independientes.

Para garantizar que Hamás y las demás facciones cumplen con el suicidio que se les exige y que Gaza ya no supone ninguna amenaza para sus vecinos, Estados Unidos y sus socios desplegarán inmediatamente una «Fuerza Internacional Temporal de Estabilización» que, entre otras cosas formará y apoyará a las nuevas fuerzas policiales palestinas en Gaza.

Israel no ocupará ni anexionará Gaza. A medida que la «Fuerza Internacional Temporal de Estabilización» establezca el control del territorio, las fuerzas armadas israelíes se retirarán gradualmente de Gaza.

Finalmente, en un alarde de ideología buenista con altísimas dosis de irrealismo, se pondrá en marcha un proceso de diálogo interreligioso para «intentar cambiar la mentalidad y el discurso de palestinos e israelíes», haciendo hincapié en los beneficios que puede aportar la paz. «Estados Unidos establecerá un diálogo entre Israel y los palestinos para acordar un horizonte político de coexistencia pacífica y próspera», concluye el plan.

Decíamos antes que el plan de paz de Trump provoca escepticismo. Ciertamente se le pueden hacer numerosas observaciones: ¿van a renunciar los palestinos musulmanes a recuperar el control de Jerusalén? ¿a qué países van a ir los militantes de Hamás? ¿es creíble que todos pasen página y que empiecen de nuevo como si aquí no hubiera pasado nada? ¿de verdad alguien en su sano juicio puede creer a estas alturas en los resultados del diálogo interreligioso?... Y sin embargo, se nos dirá, el plan recoge aspectos positivos, razonables, sensatos... en el plano humano. Es cierto, y además cuenta con el apoyo de cada vez más países, incluyendo bastantes países árabes y hasta la Rusia de Putin. Pero lo que no contempla, y he aquí su definitivo punto débil, es que, especialmente en Tierra Santa, no puede haber solución meramente humana, sino que se necesita una intervención sobrenatural que supere diálogos y equilibrios y convierta los corazones.

Es probable que, humanamente, no se pueda hacer más; pero es que es más que probable que el conflicto árabe-israelí no tenga solución meramente humana.

El asesinato de Charlie Kirk sacude Estados Unidos y el mundo entero

El asesinato del joven líder conservador estadounidense Charlie Kirk, abatido por los disparos de un francotirador mientras daba una conferencia en la Universidad de Utah, conmocionó al mundo entero y confirmó el derrumbe cada vez más notorio de los diques de contención de la violencia política en Occidente.

El panorama que se abre ante nuestros ojos es terrorífico: han sido muchos en la «izquierda progresista» quienes han justificado asesinar a aquel con quien discrepan. Las reacciones de apoyo al asesino (un joven “antifa” adicto a la pornografía que convivía con su pareja, un hombre biológico transexual) o de culpabilización de Kirk (no estamos a favor de que lo maten... pero se lo había buscado) fueron numerosas, tanto en los Estados Unidos como en el mundo entero (España incluida).

La modernidad había creído poder superar el problema de la violencia política: por un lado privatizando la religión, por otro a través del ritual electoral. Lo que no veía era que este frágil equilibrio suponía una cierta homogeneidad cultural, un compartir una cierta concepción del bien... algo que sencillamente ya no existe en las sociedades occidentales. En otras palabras, la izquierda *woke* considera que todos los medios están permitidos para alcanzar sus fines, incluido el asesinato de un adversario previamen-

te deshumanizado. Como se afirmó tras la muerte de Charlie Kirk, no te matan por ser fascista, te llaman fascista para matarte.

Charlie Kirk recorría los campus norteamericanos para debatir con todos y de todo. Lo hacía con argumentos sólidos, una gran capacidad dialéctica y mucho respeto hacia sus contrincantes. Confiaba en la capacidad de la gente para cambiar de opinión y reconocer la Verdad. Él mismo era un buen ejemplo, pues en ciertos puntos había ido variando su postura. Recientemente, a pesar de ser protestante, había grabado varios vídeos reivindicando la importancia de la figura de la Virgen María. Varias personas cercanas a Kirk han afirmado que estaba muy cerca de unirse a la Iglesia católica, algo que la bala que segó su vida ha impedido para siempre.

Pero si terrible es el caldo de cultivo en el que se ha cocinado este asesinato, impresionante ha sido la reacción de sus simpatizantes. No hubo manifestaciones ni destrozos, sino mucha gente rezando públicamente. En su funeral (una especie de espectáculo testimonial que, por cierto, evidenció todas sus deficiencias para quienes conocemos los funerales católicos), y ante miles de personas, la viuda de Charlie Kirk y madre de sus dos hijos, Erika Kirk, perdonó públicamente al asesino de su marido: «Charlie quería salvar a jóvenes como el que le quitó la vida», recordó, al tiempo que argumentaba su perdón «porque era lo que Cristo hizo, y es lo que Charlie haría». «La respuesta al odio no es el odio», siguió en su discurso, que vieron en directo más de 100 millones de personas. «La respuesta -lo sabemos por el Evangelio- es el amor. Siempre el amor. Amor por nuestros enemigos. Amor por los que nos persiguen». Toda una lección.





¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

🖱 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 94 33



Colabore en la difusión
CRISTIANDAD
¡Suscriba a un amigo!

La revista CRISTIANDAD necesita su ayuda para continuar contribuyendo a la extensión del Reino de Cristo a través de la devoción al Corazón de Jesús y de María.

Suscripción anual

Suscripción España (papel)	50 euros
Suscripción fuera de España (papel)	65 euros
Suscripción en formato digital	20 euros
Suscripción de colaborador (papel)	80 euros

Puede suscribirse en:

<http://cristiandad.orlandis.org/suscripcion/administracion.cristiandad@orlandis.org>

Donativos:

- Domiciliación bancaria
- Ingreso en cuenta:
ES18-2100-1366-12-0200082911
(Fundación Ramon Orlandis i Despuig)



Lepanto
Gullo Omodeo, Marcelo

Editorial: Espasa
424 páginas
Precio: 23,90€

Marcelo Gullo vuelve con un libro valiente que reivindica la famosa y épica batalla naval de Lepanto como el hito que salvó a Europa de la islamización. El 7 de octubre de 1571 tuvo lugar uno de los enfrentamientos entre musulmanes y cristianos más importantes de la Historia. Aquel día, el mar se tiñó de rojo: murieron ocho mil cristianos y más de treinta mil musulmanes, pero la coalición católica, formada por España, Venecia y los Estados Pontificios, consiguió derrotar al todopoderoso Imperio otomano.



El sistema (in)visible
Foa, Marcello

Rialp
302 páginas
Precio: 24,90€

Ya no reconocemos el mundo en el que vivimos. Seguimos eligiendo parlamentos y gobiernos, pero las decisiones importantes se toman en otros lugares. Observamos con asombro cómo se destruye la clase media, mientras las frecuentes crisis –la pandemia, la crisis energética o la «cultura de la cancelación»– acentúan nuestro desconcierto. Nos sentimos impotentes, pero no entendemos por qué.

Marcello Foa explica la lógica y los condicionamientos que configuran nuestra sociedad: un sistema visible y, a la vez, intencionalmente invisible. Analiza el papel de las elites y demuestra cómo es posible moldear a las masas, cambiar valores, orientar la política, la economía y los medios de comunicación.



1077. El invierno del Rey Mendigo
Rodríguez de la Peña, Manuel Alejandro

Schedas, SL
595 páginas
Precio: 24,95€

Es el invierno del año 1077, el Rey de Romanos, el joven monarca alemán Enrique IV, se dispone a atravesar a pie con su esposa y sus hijos, unos niños de corta edad, un nevado desfiladero a través de los Alpes que le llevará hasta Italia donde le aguarda, receloso, el papa Gregorio VII, que le ha excomulgado y puesto un plazo para presentarse ante él. El rey de Romanos y su familia se van a jugar literalmente la vida, pero el Rey Enrique sabe que, si no consigue ser recibido a tiempo ante el Pontífice, perderá la corona y terminará en el exilio, desposeído de todo. Un ultimátum que vencerá en apenas un mes pesa sobre su destino. Es un Rey «mendigo».



UNA «MAGNA EFFUSIONE CARITATIS»

«Precedidos por vosotros, venerables hermanos, con vuestra autoridad y vuestro ejemplo, no cesen de inculcar en todos los hombres de cualquier clase social las máximas de vida tomadas del Evangelio; que luchen con todas las fuerzas a su alcance por la salvación de los pueblos y que, sobre todo, se afanen por conservar en sí mismos e inculcar en los demás, desde los más altos hasta los más humildes, la caridad, señora y reina de todas las virtudes. Ya que la ansiada solución se ha de esperar principalmente de una gran efusión de la caridad, de la caridad cristiana entendemos, que compendia en sí toda la ley del Evangelio, y que, dispuesta en todo momento a entregarse por el bien de los demás, es el antídoto más seguro contra la insolvencia y el egoísmo del mundo, y cuyos rasgos y grados divinos expresó el apóstol san Pablo en estas palabras: “La caridad es paciente, es benigna, no se aferra a lo que es suyo; lo sufre todo, lo soporta todo”».